

R.634
N° 12 al 23

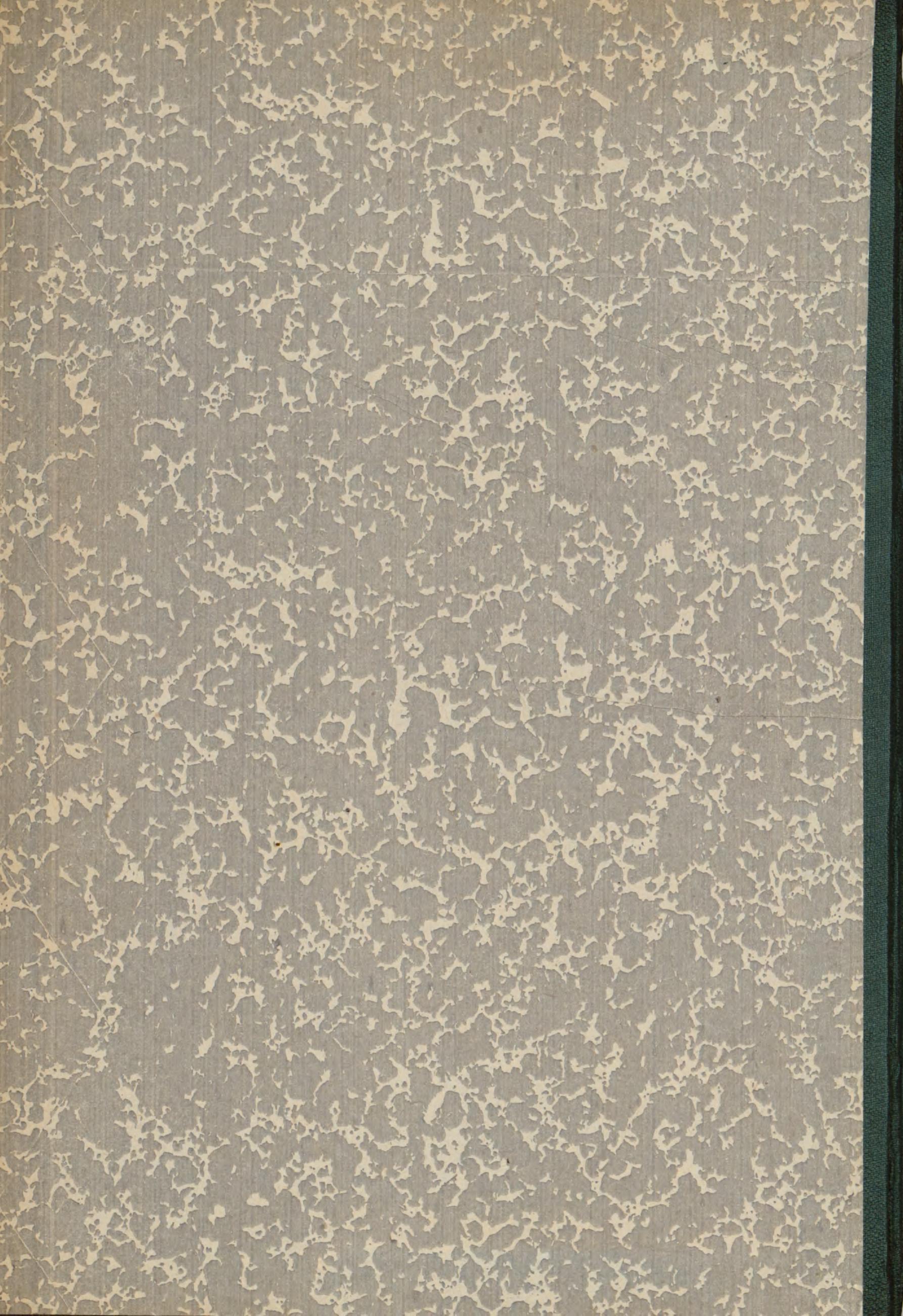


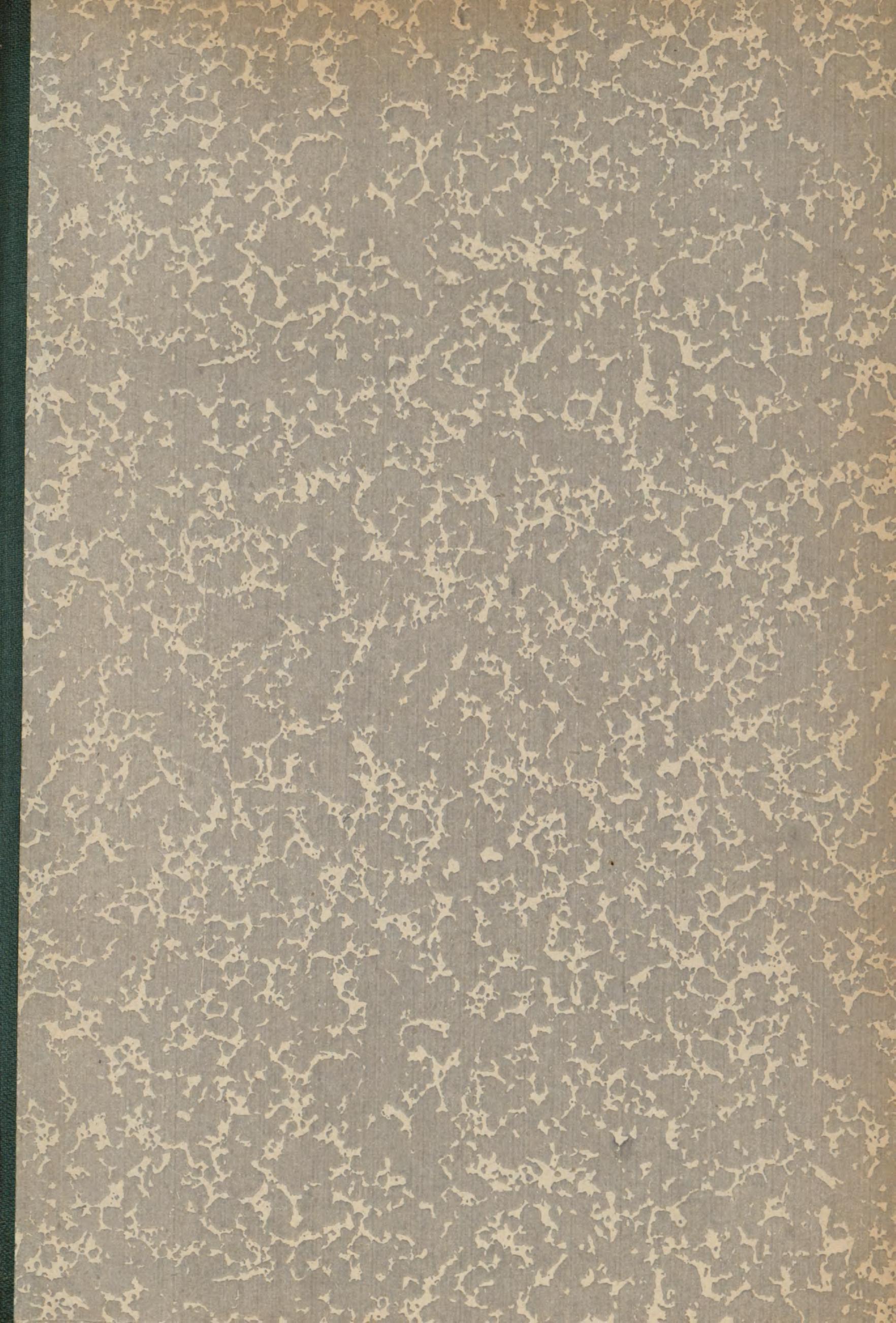
VOLUNTAD

2

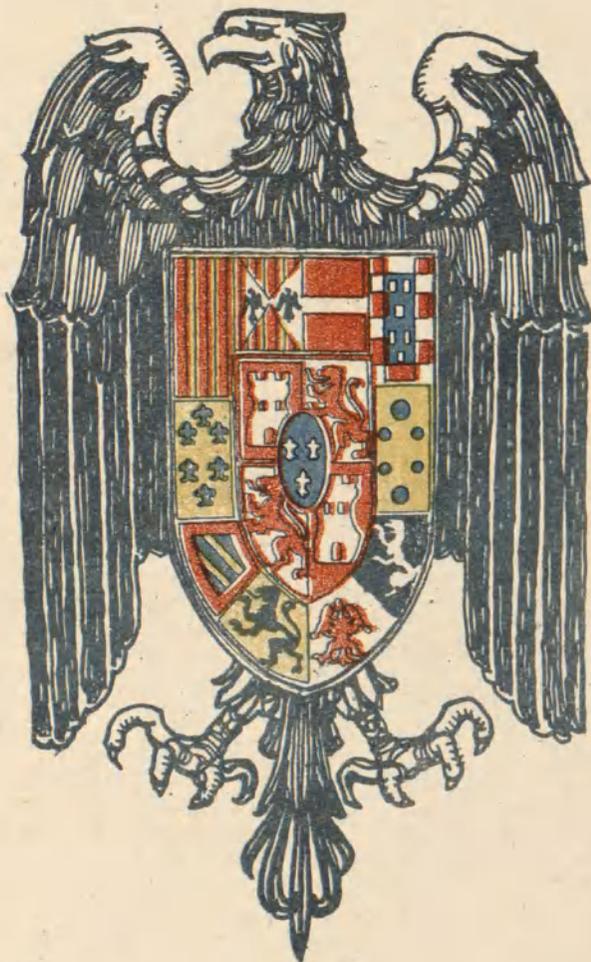


A.S.G.





VOLUNTAD

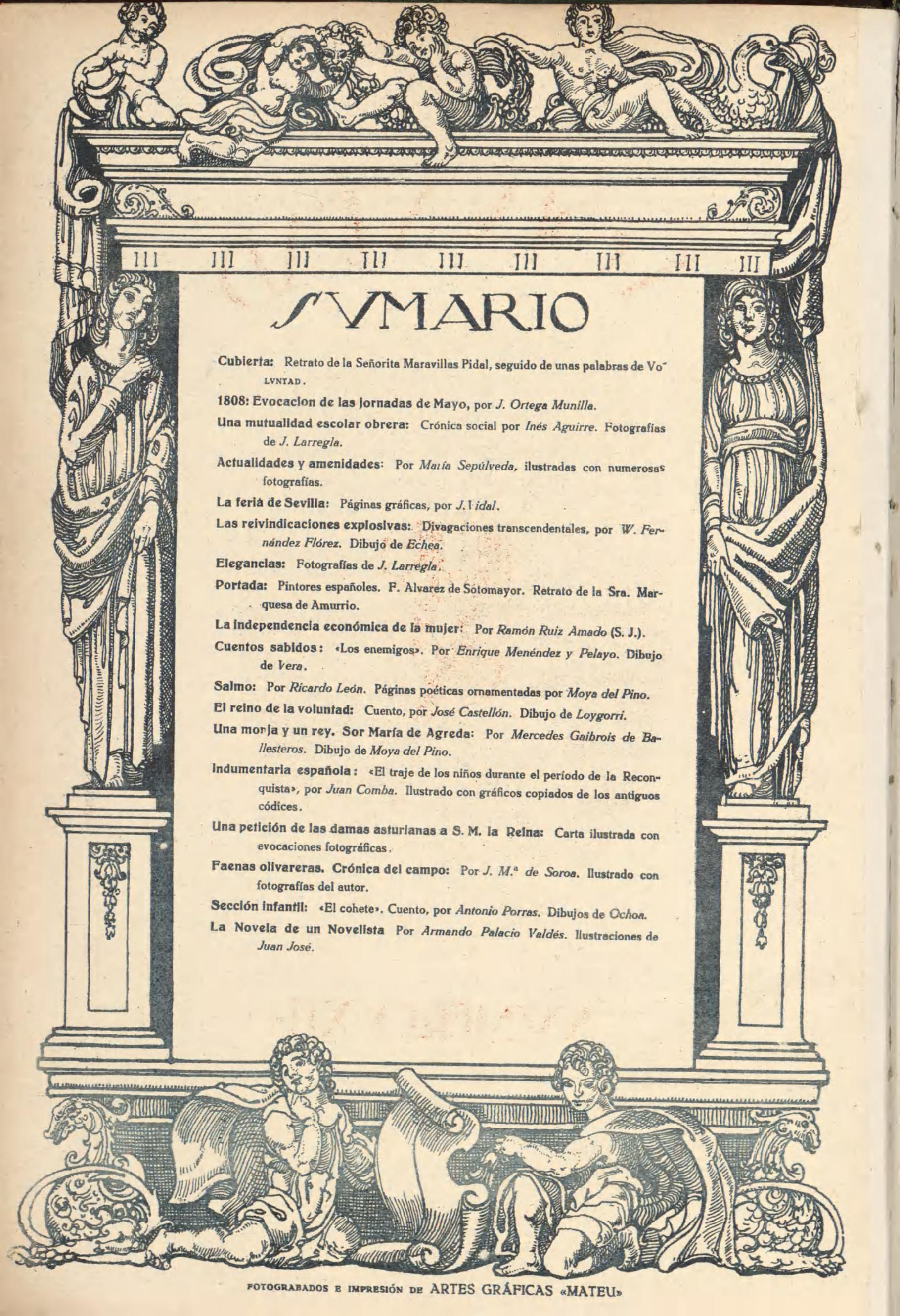


· NUMERO · XII ·

MADRID · 1º · DE · MAYO · DE · 1920

· DIRECCION ·
COLMELA Nº 8

PRECIO DE NUMº
DOS PESETAS



SUMARIO

- Cubierta:** Retrato de la Señorita Maravillas Pidal, seguido de unas palabras de VOLUNTAD.
- 1808: Evocación de las Jornadas de Mayo,** por *J. Ortega Munilla*.
- Una mutualidad escolar obrera:** Crónica social por *Inés Aguirre*. Fotografías de *J. Larregla*.
- Actualidades y amenidades:** Por *María Sepúlveda*, ilustradas con numerosas fotografías.
- La feria de Sevilla:** Páginas gráficas, por *J. Vidal*.
- Las reivindicaciones explosivas:** Divagaciones transcendentales, por *W. Fernández Flórez*. Dibujo de *Echea*.
- Elegancias:** Fotografías de *J. Larregla*.
- Portada:** Pintores españoles. *F. Alvarez de Sotomayor*. Retrato de la Sra. Marquesa de Amurrio.
- La independencia económica de la mujer:** Por *Ramón Ruiz Amado* (S. J.).
- Cuentos sabidos:** «Los enemigos». Por *Enrique Menéndez y Pelayo*. Dibujo de *Vera*.
- Salmo:** Por *Ricardo León*. Páginas poéticas ornamentadas por *Moya del Pino*.
- El reino de la voluntad:** Cuento, por *José Castellón*. Dibujo de *Loygorri*.
- Una monja y un rey. Sor María de Agreda:** Por *Mercedes Gaibrois de Ballesteros*. Dibujo de *Moya del Pino*.
- Indumentaria española:** «El traje de los niños durante el período de la Reconquista», por *Juan Comba*. Ilustrado con gráficos copiados de los antiguos códices.
- Una petición de las damas asturianas a S. M. la Reina:** Carta ilustrada con evocaciones fotográficas.
- Faenas olivereras. Crónica del campo:** Por *J. M.^a de Soroa*. Ilustrado con fotografías del autor.
- Sección infantil:** «El cohete». Cuento, por *Antonio Porras*. Dibujos de *Ochoa*.
- La Novela de un Novellista** Por *Armando Palacio Valdés*. Ilustraciones de *Juan José*.

AÑO II **VOLVNTAD** NÚM. 12

MADRID, 1.º DE MAYO DE 1920



Desde aquí voló un corazón hacia el Monte Carmelo, allá, donde se vive en un ambiente de cielo. Que cielo es para el alma que ama subir de rama en rama hasta llegar a la copa, y desde allí sólo es un paso ir al cielo.

Mucho fué lo que perdimos y también lo que ganamos. VOLVNTAD fué grande en sus comienzos. No bien hubo salido a la luz del mundo, cuando del mundo salía «un corazón enamorado» que en VOLVNTAD militaba y «sólo en Dios había puesto su pensamiento».

Ganancia o pérdida, es lo cierto que la oblación de una criatura, el sacrificio más grandioso y más completo dentro de lo humano, la renunciación de todas las cosas, fueron la levadura que hizo fermentar la masa de la obra de VOLVNTAD.

ALBRICIAS PARA
«VOLVNTAD»

Epoca de materialismo, hay un campo donde siempre brotan bellísimas flores del espíritu. Sin ese aroma el mundo sería un desierto, una locura o un lodazal. Todos aspiran de ese aroma, aunque no lo quieran, aunque no lo sientan; todos se recrean en su vista sin pensar ni saber a veces que hubo

quien dejó en ellas a su paso el «rastreo de su hermosura». Esta hermosura fué y esta es la que cautiva y encanta en nuestra compañera que fué y que lo es ahora aún más; la señorita Maravillas Pidal. Ella buscó el trabajo, la esclavitud, la pobreza, y en tal compañía sube la «escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido».

VOLVNTAD

EVOCACIONES DEL DOS DE MAYO



DARA QUIEN LEA ATENTAMENTE LAS páginas de la historia, está reservada una emoción singularísima. El pueblo vive tranquilo, descontento a las veces, pero resignado. El va a sus talleres, a sus negocios, a los mercados, a los lugares de diversión. Y, entre tanto, los acontecimientos van desarrollándose. Ya es la tiranía del gobernante, ya el atropello de la Fe religiosa, ya la invasión de dominadores extraños. Y las muchedumbres aguantan, de tal modo, que no falta quien diga: «¡Este país se compone de siervos!»... Pero un día, entre los párrafos de un libro narrador del pasado, surge un grito. Es que ese pueblo se ha cansado de sufrir y se lanza a la tragedia. Entonces no tienen ya razón los que le acusan de servidumbre. Es que, no todos los días pueden los hombres abandonar el amor de sus amores. La Paz. Sólo en los grandes momentos se verifica el trance.

Vienen estas palabras a cuento de una recordación que palpita en nuestras almas, castizas y españolas. La del día 2 de Mayo de 1808.

¿Cómo fué? Aunque se ha escrito mucho acerca de esta efemérides falta lo que más interesaría: un estudio psicológico del vecindario madrileño en los días de la violencia y de la lucha. El ejército napoleónico era dueño de Madrid, como de casi toda España. Traiciones y debilidades lo habían consentido. Una vieja vendedora de hortalizas que se hallaba entre la muchedumbre reunida delante del Palacio de Oriente en las primeras horas de una mañana, vió que se acercaban a las Reales Puertas, procedentes de las Caballerizas, varios coches de camino. Es que iban a salir de Palacio los últimos príncipes de la dinastía borbónica que quedaban en la capital. Napoleón quería arrancar de la nación a cuantos representasen el poder de la Realeza. Y la vieja verdulera gritó: «¡Que se los llevan, que se los llevan!»... Fué la voz de alarma. En su inocencia y en su ignorancia, la plebe adivinó lo que iba a ocurrir. Transcendió por toda la villa el alarido de enojo... Pasaron por la Puerta del Sol diez y siete soldados del ejército francés; de los llamados memelucos, de origen asiático, vestidos con los pomposos uniformes a que era tan aficionado el César corso. Silbó un mozuelo, le imitaron otros, los jinetes no llevaron a bien la osadía, y arremetieron sobre la multitud, esgrimiendo sus corvos alfanques. Los hombres del pueblo se defendieron, derribaron del caballo a dos de los memelucos, y les dieron muerte...

Aquél príncipe que había nacido en los cuarteles, compañero de Bonaparte en sus empresas y en sus victorias, y que gobernaba en Madrid, quiso imponer duro correctivo... Innece-saria la reproducción de ese pedazo de nuestra crónica. Id al Museo del Prado, y contemplad de nuevo el cuadro de Goya, que se titula «Los fusilamientos de la Moncloa». Es un prodigio de arte expresivo; es una invocación de odio al enemigo,

es una arenga, es algo más que eso: es la revelación del espíritu madrileño y de la crueldad de sus opresores.

No está bien que las reyertas de los pueblos se prolonguen indefinidamente. Hay que buscar la paz y la concordia, pero sería malo que se olvidaran los hechos en que un país prefirió la muerte a la vileza. Y el 2 de Mayo de 1808 es la invocación definitiva del heroísmo. Sin armas, sin organización, traicionados por las autoridades, desprovistos de medios de resistencia, los manolos y los chisperos de los barrios bajos de la villa, los mercaderes de la calle de Postas y de la Plaza Mayor, los frailes de los conventos, los petimetres elegantes y perfumados, cuantos constituían la infinita variedad de tipos y caracteres de nuestra capital en ese periodo, lanzáronse a las calles e iniciaron la lucha. Al mismo tiempo, un militar ilustre, que por acaso era Alcalde de Móstoles, cometía aquella empresa de que solo pueden reírse los imbéciles: declarar la guerra al Emperador de Francia. Y de Madrid partió la saeta voladora que fué de localidad en localidad, de comarca en comarca, atravesando los ríos, pasando sobre los montes, portadora de una orden que nadie había dado y que acataron todos. Había que defenderse de la traición, había que herir en el corazón al audaz dictador. Un mes más tarde, España ardía. Constituíase la Junta defensiva, hombres eminentes salían de España camino de Inglaterra, buscando amparo.

El 2 de Mayo de 1808, no es sólo un ejemplo de herocidad. Es una enseñanza perdurable. Cuando todo parezca perdido, cuando en las discordias exteriores o interiores, juzguemos el daño irredimible y falte el organismo organizador de la resistencia, este se improvisará; y serán los improvisadores los que menos se crean: un obrero, un anciano rentista que vive tranquilo en su hacienda, un sacerdote, que acaba de recibir la visita augusta de Dios en el Pan de la Eucaristía, un chicuelo, criado en el arroyo... La voluntad unánime y amorfa se resumirá en el sujeto menos apto que en esa hora habrá de convertirse en el emblema de los sentimientos universales.

Inútilmente los «internacionalistas» intentarán privar a la fiesta recordatoria del 2 de Mayo en Madrid de los esplendores y de la emoción que la caracterizan. Los altares en que se dicen misas en torno del Obelisco del Prado, los toldos que se tienden sobre los altos mástiles, la procesión religiosa y cívica, los gritos de los vendedores de papeles que expenden romances, retratos y aleluyas, hasta las flores que nacen en los jardines de aquellos paseos, tomarán caracteres de acontecimientos solemnisimos.

Un día el pueblo quiso. Eso bastó... El querer de 1808, retumba como inmensa elegía sobre los ámbitos y las generaciones.

J. ORTEGA MUNILLA





GOYA.—*Escenas del 3 de Mayo de 1808.*—Museo del Prado



GOYA.—*Episodio de la invasión francesa en 1808.*—Museo del Prado



Círculo de estudios de la Sección de San Jerónimo, dirigido por el Dr. D. David Marina

(Fot. Larregla)

UNA MUTUALIDAD ESCOLAR ❧ ❧ OBRERA ❧ ❧

Existe en Madrid, hace pocos meses, una obra eminentemente social, digna de la atención preferente y el apoyo entusiasta de toda la opinión católica y, hasta hoy, puede decirse que ignorada. Es una Mutualidad escolar, o, más bien, post-escolar, El Porvenir de la Juventud, organizada a base parroquial, sujeta a las prescripciones legales y a la autoridad del Prelado, y que en el corto tiempo que cuenta de existencia, y con modestos recursos económicos, realiza ya, gracias a la labor intensa e inteligente de sus beneméritos fundadores, todos los puntos de su hermoso programa: formación religiosa y moral, cultura intelectual y física, previsión, asistencia en las dificultades de la vida, solidaridad y fraternidad cristianas, aspirando a la plenitud de su vida llena de alientos y esperanzas para lo porvenir.

Cuatro son ya las secciones o centros establecidos por la Mutualidad en las parroquias de San Jerónimo, Santiago, Cuatro Caminos y Vallecas. Desenvuelve sus fines económicos con la Caja de ahorros, que constituye dotes infantiles y persigue la formación de pensiones para la vejez, acogiéndose a los beneficios del Instituto Nacional de Previsión. Asimismo, la Caja de Socorros mutuos asiste a los asociados, en caso de enfermedad, con una pensión diaria de 50 céntimos; todo ello mediante la modesta cuota de 10 céntimos semanales que satisfacen los mutualistas. Se proyecta la organización de Academias, conferencias y excursiones instructivas o artísticas, y funcionan ya, actualmente, una Academia nocturna en la calle de la Verónica, y dos Círculos de estudios, dirigidos por el consiliario de la Obra, Dr. D. David Marina, y por el sacerdote y maestro manoniano, D. Fulgencio Hidalgo, en las secciones de San Je-

rónimo y Cuatro Caminos, respectivamente. Se publica un Boletín mensual, órgano de la Asociación, que todos los mutualistas reciben gratuitamente, y en el que tienen derecho a colaborar.

La cultura física, el recreo honesto y educativo se procuran por medio de excursiones y deportes, y, por fin, organizando cuadros artísticos y veladas dramático-musicales en las diferentes secciones, principalmente en las del extrarradio de Madrid.

La iniciativa de esta obra excelente se debe a un grupo benemérito de hombres distinguidos que han puesto, con amor en la empresa, su actividad, su inteligencia y su prestigio, y que constituyen hoy lo que se llama Junta directiva. Son, entre otros, el Excmo. Sr. Duque de Medina de las Torres, D. Santiago Tormo, D. José Gallo Renovales, D. Santiago Fuentes, el Dr. D. David Marina y D. Fulgencio Hidalgo. De acuerdo con ellos, rige la Asociación otra Junta directiva, denominada adjunta y formada por mutualistas. Trabajan con fe y voluntad verdaderamente admirables, sintiendo la trascendencia, la importancia de la formación intelectual y cristiana de esta juventud, elemento de regeneración y de amor, o germen nuevo de discordia y de mal en la sociedad venidera, la que todos soñamos, fundada en la justicia y el amor, sobre las ruinas de esas tristes Asociaciones actuales creadas por el odio y para el odio.

¿Responden los mutualistas a las nobles aspiraciones de sus directores? Plenamente, con todos los alientos y entusiasmos de su juventud, con toda la inteligencia, la simpatía y la bondad genuinas del obrero madrileño, honra de su clase y de nuestro pueblo. Los directores dan fe de la constancia y el celo con que los muchachos



El mutualista Celedonio Fuentes, leyendo su discurso

Cuadro artístico de la Mutualidad, en la velada dramático-musical que se celebró el domingo 13 de Abril en el Círculo Obrero de Nuestra Señora de Covadonga (Fot. Larregla)

los mutualistas, sin el deseo y la voluntad de cooperar eficazmente en obra tan social y tan hermosa. Pero si la Mutualidad es hoy organización exclusivamente masculina (aunque entra en sus aspiraciones y proyectos el de extender su acción a la clase obrera femenina), ¿qué pueden las lectoras de VOLUNTAD hacer por esta Obra? Las mujeres, en ésta como en todas las empresas grandes, podemos y debemos siempre, por lo menos, comprender, inspirar, alentar a quienes hayan de realizarla, recordar a los nuestros su deber y sugerirles los medios de contribuir a ello.

acuden semanalmente a Círculo de estudios, de la fácil comprensión con que se asimilan los rudimentos de la ciencia social, cuya existencia misma ignoraban, hace unos meses apenas; de su esfuerzo por avanzar a cuestiones más arduas y difíciles, y de sus sueños de propaganda y de combate por la buena causa. Sin haber entrado en los Círculos de estudios, y con sólo asistir a alguna de las veladas que celebran los mutualistas, y conversar unos instantes con ellos se puede atestiguar su entusiasmo y las sanas ideas y generosos sentimientos que expresan los discursos, admirablemente pensados y escritos, leídos en dichas veladas por sus autores mismos (casi niños algunos de ellos). Se puede responder, asimismo, del ambiente de unión y alegría que reina entre los mutualistas, de su gratitud y afecto hacia aquellos que pretenden abrirles nuevos horizontes de vida inteligente y cristiana; son felices, se ve muy fácilmente, y el espectáculo de su juventud, llena de alientos y nobles ideales, reanima y conforta.

Se trata, pues, de una Obra que empieza, y que puede llegar, con la ayuda del Cielo y de los hombres de buena voluntad, a constituirse en Asociación de toda la juventud obrera católica madrileña. Hay espíritu para ello en los mutualistas, que son hoy unos centenares y aspiran a centuplicar este número con su esfuerzo y su propaganda. Patente está nuestro deber de ayudar a una empresa rica en fe y en espíritu, pero limitada aún en sus medios de acción, por lo que a recursos materiales se refiere, y que reclama, por lo tanto, el concurso y el apoyo de todos aquellos que la comprendan y la sientan. Aquí llega ya el momento de indicar la parte activa que a nuestras lectoras puede corresponder en la empresa, pues ociosa e inútil sería esta información, encaminada únicamente a inspirar una vulgar y estéril simpatía hacia

primer lugar, el apoyo económico. Existe ya un grupo femenino, la Congregación de Noëlistas, que ha organizado y abierto una suscripción a beneficio de la Mutualidad, y nos ruega publiquemos los nombres de las personas a quienes se pueden remitir los donativos. Son éstas: las señoritas Consuelo Frade (Olózaga, 12) y Carmen Ruiz de Velasco (Mayor, 11 y 13), y el consiliario de la Obra, doctor D. David Marina (Moreto, 4).

Otro medio sería facilitar locales, principalmente en el extrarradio, para la celebración más frecuente de esas veladas, elemento de cultura artística, siquiera sea rudimentaria, motivo de expansión y recreo honesto y sano para los mutualistas y sus familias, lazo de unión e instrumento poderoso de propaganda, sobre todo tratándose de juventud. Y aquí quiero indicar a nuestras lectoras un último medio, muy sencillo, muy eficaz y en extremo simpático de ayudar a esta Obra: la asistencia a esas mismas veladas de la Mutualidad. Acercarse y conocerse son camino para estimarse, amarse y ayudarse. Aprovechad esta ocasión de acercaros a la juventud obrera madrileña, que yo os fio puede dar lecciones a otras clases de respetuosa cortesía; tomad parte en sus expansiones, ganad su confianza y su gratitud, y yo os fio también que por este medio tan sencillo, sin llegar, porque no es dado a todos, a las cumbres del sacrificio y de la caridad heroica, habréis hecho obra de cultura, de aproximación y de paz.

Finalmente, puesto que nuestra revista aspira a constituirse en órgano de acción e influencia femeninas para todo lo noble y lo bueno, yo me atrevo, desde las páginas de VOLUNTAD, a pedir a la Prensa católica madrileña que estudie a fondo esta Obra, que le dé publicidad y reclame para ella la atención, la estima y el apoyo que merece.

INÉS AGUIRRE

ACTUALIDADES Y AMENIDADES



Cuadr. final de la «Princesa encantada», cuento de hadas en tres actos y un prólogo, de doña Matilde Ribot de Montenegro (Fot. Larregla.)

Cumple, ante todo, dirigir paternal saludo a la nueva revista que con el título modesto de *Boletín mensual*, acaba de publicar, en Madrid, la «Acción Católica de la Mujer».

Asociación de carácter tan netamente cristiano, de honroso pasado y de nobilísimas orientaciones, no ha menester presentación ni encomio; baste decir que el *Boletín* refleja los ideales de las asociadas, y que nos honramos al darle la bienvenida que merece.

En el teatro de la Comedia, a beneficio del Taller de caridad de Nuestra Señora del Carmen, se celebró el

20 del pasado Abril la segunda representación de «La Princesa encantada», cuento de hadas, en tres jornadas y un prólogo, escrito por doña Matilde Ribot de Montenegro y estrenado hará próximamente tres meses, en otra fiesta benéfica. No insertaríamos en esta crónica la noticia de una fiesta más, ni de un estreno o reestreno, cosa harto vulgar e irrecuente en nuestros días, aunque no lo es tanto que, como en esta ocasión, vayan unidos y acordes mérito literario, honradez y belleza del asunto, ejecución y presentación primorosas, si no nos importase consignar, sobre todo, lo que da a «La



La princesa Margarita, heredera del trono de Suecia, protectora entusiasta del delicado arte de la floricultura.



La princesa vistiendo el traje típico de las aldeanas de Suecia.



La princesa tomando apuntes de las flores de su parque, para describirlas en sus libros

Princesa encantada» derecho a especial mención y alabanza en las columnas de VOLUNTAD, su significación como noble esfuerzo de la mujer para llevar al arte escénico una influencia purificadora y encauzarlo de nuevo por sanos derroteros hacia el bien y la belleza; su encanto como obra esencial y exquisitivamente femenina, delicada y tiernamente sentida, de una ingenuidad deliciosa, que no excluye por cierto el arte y la galanura en el decir; y, por fin, su mayor y más preciado título para merecer unánime admiración y elogio: el de haber sido concebida y presentada al público exclusivamente para fines altruistas y benéficos, a impulsos piadosos de caridad, en su autora y en los juveniles intérpretes que escucharon sinceros y entusiastas aplausos de la aristocrática concurrencia que llenaba la sala en ambas representaciones.

La Galería Nacional de Pintura, de Londres, ha enriquecido su ya valiosa colección de lienzos españoles, con uno nuevo del Greco: *La oración en el Huerto*. Para exponerlo, se inauguró la nueva sala de pintura española, que presenta, también, otros cuadros bellísimos, tales como *San Juan y el cordero*, de Murillo; *Retrato del almirante Pareja*, de Velázquez; dos retratos de Goya: *La adoración de los pastores*, atribuida a Zurbarán; *Cabeza de Apóstol* y *Cristo arrojando a los me-*



Las «amas de casa» inglesas celebran un «meeting» para protestar de la carestía de la vida

caederes del templo, también del Greco. Se han reunido allí verdaderas joyas de nuestro arte inmortal.

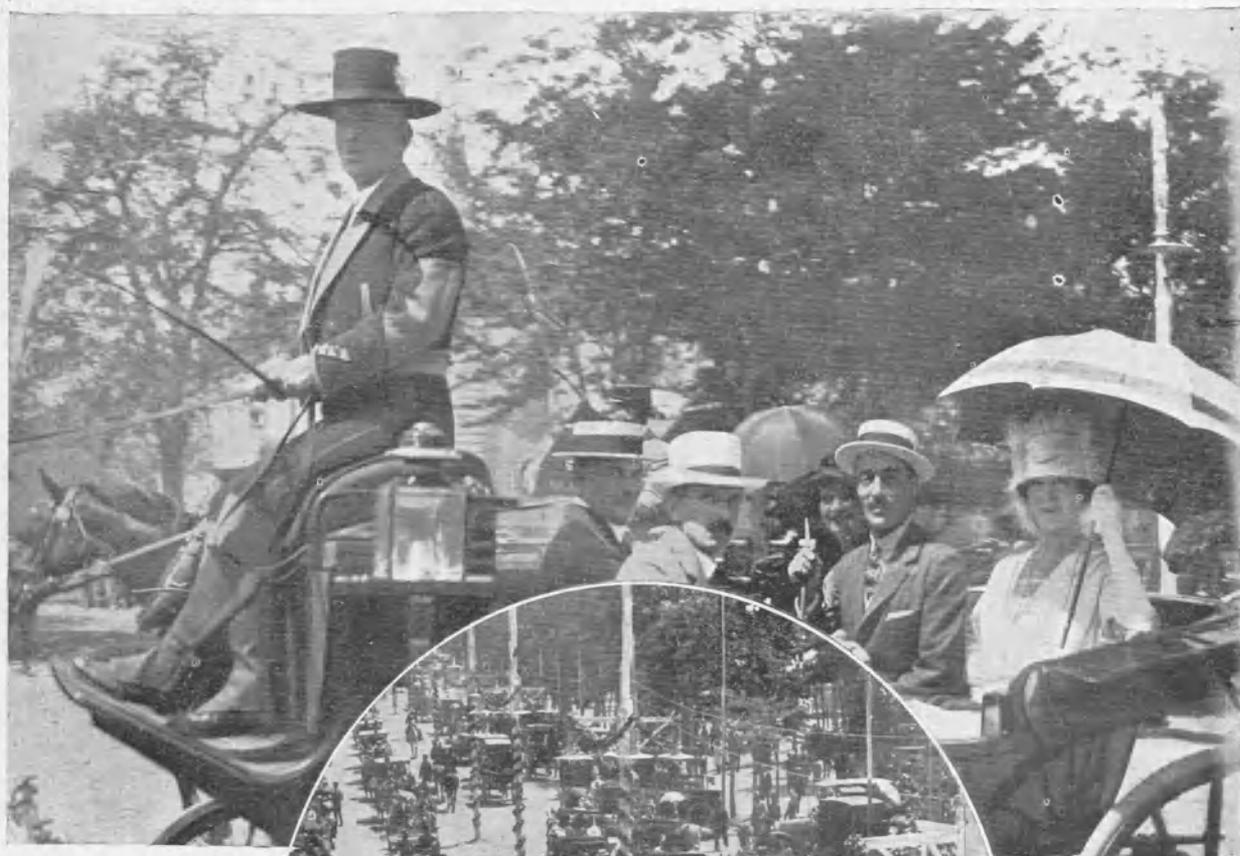
Terminada ya la misión caritativa, que para socorrer y ayudar a los desventurados prisioneros durante la guerra tomó a su cargo con infatigable celo la princesa heredera de Suecia, vuelve ahora la augusta dama a su apacible retiro del Báltico, a su castillo de Sofiero, donde vive dedicada al cultivo de las flores que, por ella misma plantadas, embellecen aquel maravilloso parque.

«Las flores lo embellecen todo, lo mismo la terraza de un palacio que la humilde ventana de una choza» nos dice la princesa en uno de los libros que ha publicado, muy interesante el que trata de los conocimientos prácticos de floricultura, y muy bello el que titula «*Enfants et Fleurs*», en el cual envuelve en el aroma de sus flores, la poesía de sus ensueños de madre.

Las inglesas que fueron las primeras en levantar la bandera feminista, continúan intrépidas su labor de propaganda, se organizan, luchan, intervienen hasta en los debates del Parlamento, como acaba de hacerlo Lady Astor en la «Casa de los Comunes» para pedir que sea mantenida en el Reino la restricción sobre bebidas alcohólicas que impuso la guerra.

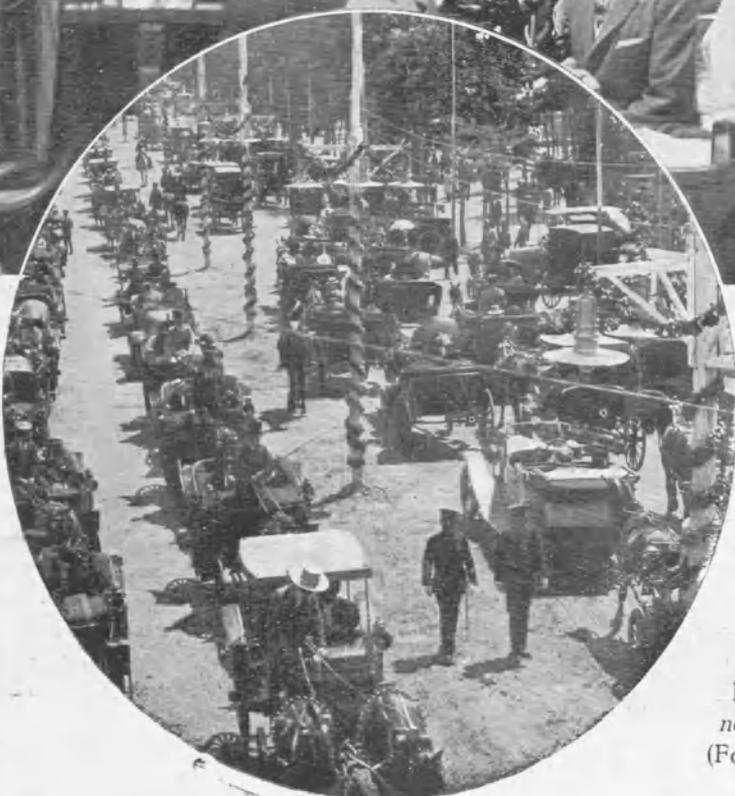


El nuevo Greco «La agonía de Jesús en el Huerto», de la Galería Nacional de Londres



LA FERIA

Arriba: S. M. la
Reina Doña Victoria
Eugenia, paseando
por el Real de la Feria,
acompañada de los In-
fantes Don Juan y Don
Gonzalo, y por los Mar-
queses de Carisbrooke
(Fot. Vidal)



DE SEVILLA

Abajo: La Prin-
cesa de Metternich,
Lady Astor y el Du-
que de Alba, pasean-
do por el Real de la
Feria.
En el círculo: Aspecto ge-
neral de la Feria.
(Fots. Vidal).



S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia, aclamada por la población de Sevilla al aparecer en la balconada del palco regio, durante una de las corridas de Feria

(Fot. Vidal)

LAS REIVINDICACIONES EXPLOSIVAS



ENSABA ESCRIBIR UN artículo acerca de las luchas sociales, pero es posible que interesen mucho más al lector las manifestaciones de mi amigo Jerónimo Roch, propietario.

Jerónimo Roch ha sido muchos años obrero metalúrgico, en una villa que no contaba más de doce mil habitantes y que durante largo tiempo fué teatro de empeñadas contiendas entre trabajadores y burgueses. Comentando los últimos asesinatos de patronos, mi amigo Roch no tuvo inconveniente en hacer ante mí las siguientes declaraciones:

—No conozco nada más inútil, de más absurda ineficacia que el atentado personal. El atentado personal es un atavismo ideológico. En otros tiempos creo que daba un excelente resultado. Cuando el poder estaba vinculado en un solo individuo, y este individuo abusaba terriblemente de su potestad, al desaparecer él desaparecía todo el malestar que procuraba a sus semejantes. En la antigua Roma, cuando un emperador de la decadencia caía bajo el puñal de un soldado, tenía realidad la esperanza de que el nuevo César fuese más humano o su tiranía adoptase distintas orientaciones. Cuando nos han dado muchos golpes en la planta de un pie, consideramos como un alivio que comiencen a dárnoslos en la espalda. Pero hoy, en la actual sociedad, los atentados no pueden interesar a nadie más que a las empresas de pompas fúnebres. Permítame usted que se lo demuestre con mi propia experiencia.

He de hablarle a usted de la época en que fui obrero. No se podía decir entonces que Jaime Mitje, el principal patrono de la ciudad, fuese un modelo de transigencia. La verdad es que nunca podíamos ganarle ninguno de los pleitos que suscitábamos. ¿Qué hacer? Celebramos una sesión secreta y resolvimos que era preciso realizar una campaña violenta, terrorífica contra don Jaime. Mi compañero Gómez y yo fuimos los designados, y nos constituimos en comité permanente.

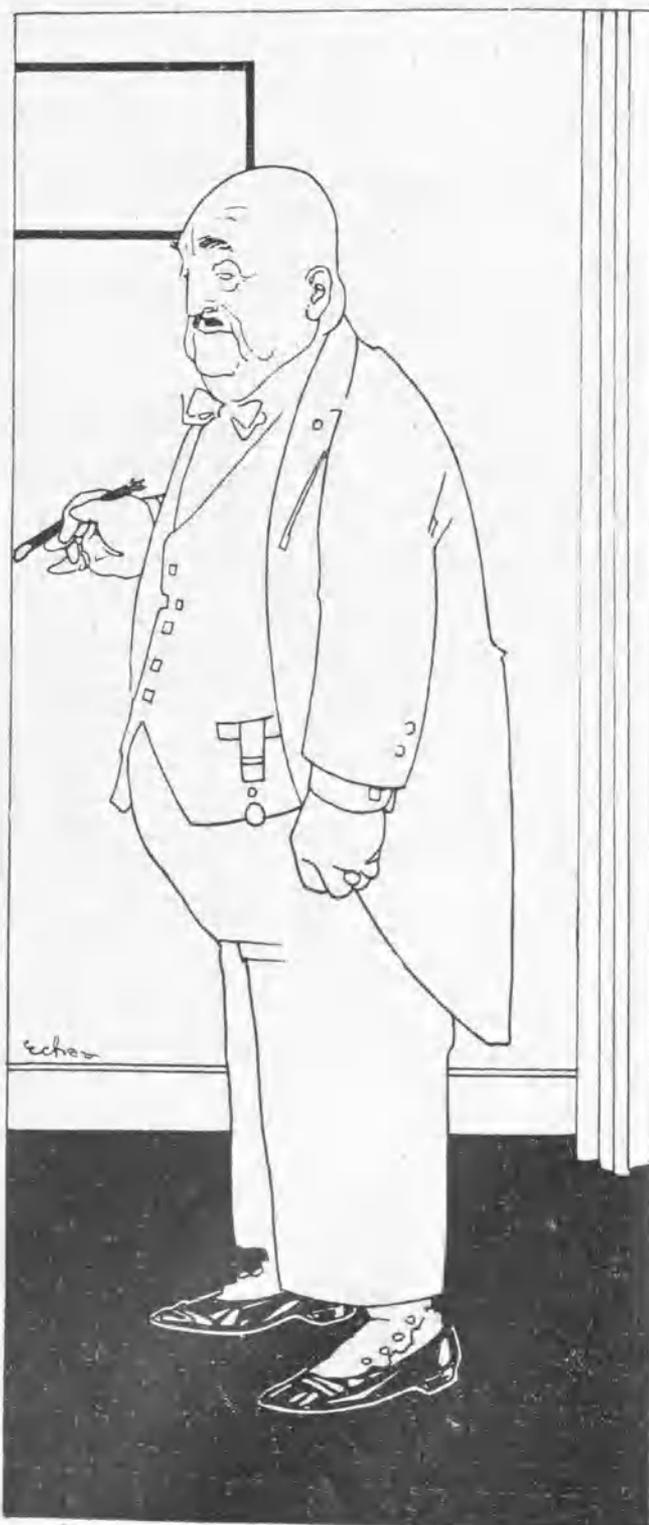
Nuestro primer cuidado fué enterarnos con escrupulosa meticulosidad de lo que se venía haciendo en otras partes. Pronto estuvimos de acuerdo en que era preciso colocar bombas. Fabricamos una bastante presentable, y anunciamos a nuestros colegas que pronto quedaría resuelta la situación. Aquella bomba fué colocada al pie de un árbol del paseo público. Estalló magníficamente. Tumbó al árbol. Fueron allí unos guardias, unos periodistas, el juez... No pasó nada. El señor Mitje no cambió de ideas.

Esto nos extrañó. Mi compañero y yo anduvimos varios días cavilosos, sin acertar a explicarnos nuestro fracaso. Yo llegué a insinuar.

—Es indudable que las bombas son grandes auxiliares de las reivindicaciones obreras, según afirman muchos periódicos y numerosos oradores. ¿Cómo no produjo efecto la nuestra? Sólo encuentro una explicación: no ha hecho bastante ruido.

—Eso debe ser—, asintió melancólicamente mi compañero.

Y abandonamos junto a otro árbol una segunda bomba. El ruido se oyó tres calles más allá que el



de la anterior. Cayó el árbol. Volvieron los periodistas, los guardias, el juez... Y el señor Mitje, sin darse a partido.

Naturalmente, fuimos aumentando el poder de la detonación hasta obtener resultados que no creo que haya podido superar ningún terrorista. La bomba número quince rompió los cristales de toda la ciudad, y en un pueblo que había a cuatro leguas de aquél, creyeron que tronaba y se pusieron a tocar las campanas del templo. Cuando mi amigo y yo hicimos el balance, obtuvimos el resultado siguiente:

El paseo público se había quedado ya sin árboles.

Los vidrieros se habían hecho cuentacorrientistas.

Casi todo el vecindario padecía de zumbidos y de dolores en el oído medio.

El número de cojos del pueblo había aumentado en seis, por efecto de nuestra metralla.

El señor Mitje continuaba impertérrito.



Figúrese usted cuál sería nuestro mal humor. Mi compañero se dió un día una palmada en la frente, y me dijo:

—¡Tengo la explicación! ¡Idiotas; más que idiotas! Estábamos perdiendo lastimosamente el tiempo.

—¿Qué ocurre?— interrogué con ansia.

—Ocurre que las bombas no deben ser colocadas al pie de los árboles. Fíjate en lo que hacen en Barcelona. En Barcelona las sitúan en las columnas mingitorias.

—¡Tate, tate!— murmuré.

Y volamos una tras otra las cuatro columnas de esa clase con que contaba la villa. Nada.

El señor Mitje, tan tranquilo. El número de cojos aumentó notablemente.

Comenzó a vacilar nuestra fe en las máquinas infernales. Probamos a hacerlas estallar en los quicios de las puertas, en las zanjas del pavimento, en el portal de la Inspección de Vigilancia... Todo inútil. El inspector pidió el traslado, la policía dejó de ir por aquél edificio... El pueblo tenía, al cabo de un año ese aspecto que después pude ver en las fotografías de las ciudades bombardeadas durante la guerra... Pero el señor Mitje seguía en posesión de su primitivo carácter.

—Esto de las bombas —suspiró Gómez un día— no sirve para maldita la cosa. Vámonos a seguir un procedimiento nuevo. Atentemos directamente contra don Jaume.

Y fuimos allá.

Le encontramos en su despacho, con una manta arrollada a las piernas, un parche en cada sien y una taza de manzanilla al alcance de su mano. Era gordo y viejo. Cuando le vi procuré convencer a mi compañero de que era estúpido molestarse en herir, porque aquel señor no tenía mucho tiempo de vida. Mi compañero opinó que no se podía uno fiar nunca de un burgués y que la eficacia del atentado era insustituible. Bien se veía sin embargo que Mitje no podía durar gran cosa. Para demostrarlo, acerqué mis labios a su oído: grité:

—¡Uh! ¡Uuh!

Y no hizo falta más. El señor Mitje dobló la cabeza y expiró. Estaba muy débil.

Pocos días después, su sobrino se encargó del negocio. El sobrino era todavía más tenaz que el difunto. Habíamos dejado a la ciudad sin árboles, sin mingitorias, sin cristales, sin puertas; y no habíamos conseguido nada. Entonces pensé:

—Si con la muerte se arreglasen estos asuntos, después de una epidemia los pueblos darían un gran avance social. ¿Podemos Gómez y yo matar tanta gente como la gripe, como el cáncer, como la pulmonía? No. Sin embargo, ¿debemos a la gripe o al cáncer alguna mejora en los salarios, ni siquiera una leve intervención en la jornada de ocho horas? Todos los hombres mueren. Con anticipar en unos días, en unos años, este hecho natural, ¿qué cuestión política o social resolvemos?

Cuando hice este sensacional descubrimiento, abandoné el terrorismo. Con la experiencia adquirida en los años que pasé fabricando bombas, me hice pirotécnico. Me va muy bien. Toda la comarca sabe que no hay quien haga como yo los cohetes de triple estallido, los «somormujos» y los «suspiros de dama». Si usted no me cree, puede comprobarlo en las fiestas de la Patrona.

W. FERNANDEZ FLÓREZ

Elegancias



Vestidos que lucieron en las Capillas de Palacio el Jueves y Viernes Santos, S. M. la Reina Doña Victoria y la Sra. Duquesa de Parcent, de la Casa Ciria hermanas, como también el vestido de la Sra. Marquesa de Amurrio.
(Fots. Larregla)

Larregla

LABORES ARTISTICAS

TEXTO Y DIBUJOS

DE

ISABEL PASTOR



VEILLEUSE

PARA las personas que duermen con luz, y para que no moleste en los ojos, cuando se está enfermo, es muy práctica y muy mona esta veilleuse que figura una holandesa, y la luz colocada debajo de la falda alumbra lo suficiente para ver y no molesta a la vista.

Se coge el busto de una muñeca y se viste con un chalequito de raso negro, mangas de nansú y una cofia de holandesa de encajes; se sujeta a una armadura que tenga la forma de media esfera y un enchufe en el centro colocado hacia abajo, y se recubre con una faldita bastante fruncida de seda rayada y un delantalito de encaje compañero de la cofia.



ALMOHADÓN

Se prepara la funda de un tussor de seda o hilo crudo bastante gordo, dándole la forma que se desea; luego se superponen unas flores o pájaros de colores vivos, en gasa, voile u otra tela finita, se respuntean bien los contornos y se recortan con mucho cuidado; una vez hecho se rellena el almohadón con miraguano. Son mucho más rápidos de hacer que los pintados y quedan muy finos y bonitos.

Otro modelo de almohadón muy elegante es éste: se hace de glassé marrón y forma ovalada, se cruza todo él de cintas color crema y luego como adorno una guirnalda de acerolas de sedas azul natier y rose viejo, con hojas verde seco, que se coloca a capricho.



MACETERO

Se compra un puchero de barro de tres asas y se pinta con esmaltes de colores, haciendo dibujos de flores o de estilo japonés, o bien copiando el de alguna cretona. Para el que no sepa nada de dibujo, se pinta todo de un color liso, encarnado, por ejemplo, y el borde y las asas negras; cuando esté bien seco, se ata a cada asa



un cordón de seda encarnado también y se unen las tres puntas con un nudo formando una asita para colgarlo. Luego se le pone una maceta con las ramas hacia abajo y se cuelga en el quicio de una puerta o de una ventana.

CESTO PARA HILOS

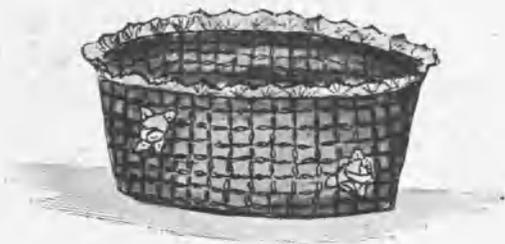
Se compra un ovillito de algodón y se hace como una funda de crochet, con un punto muy separado (uno y tres al aire), a una caja o cesta que tenga bonita forma; luego se engoma bien puesto encima de la caja para que tome la forma; cuando esté bien seco se dora con purpurina o se pinta de negro, según se prefiera, y por fin se le colocan por fuera unos grupitos de rosas rococó o un volantito de encaje de color tomado, con una guirnardita de rosas encima. También quedan muy monos para cubrir macetas y para cestos de papeles; en este último caso se forran por dentro de seda.



BOLSA DE LABOR PLEGABLE

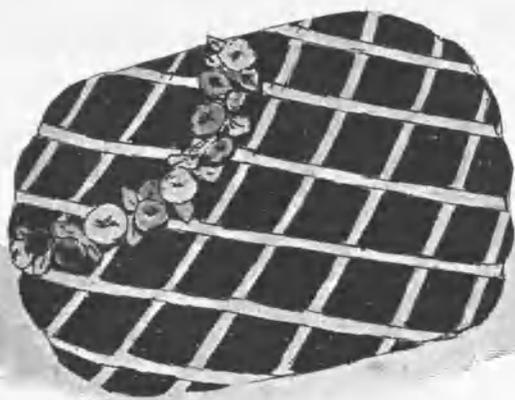
Se corta una tira de cretona de 44 cms. de largo por 75 de ancho; se cierra con una costura a lo largo y por el revés, se vuelve y se dobla por la mitad para que el ancho de la tela quede por los dos lados; luego se divide en seis partes, haciéndole un pespunte en cada división, y se mete en cada una de ellas y entre las tres telas un cartón que tenga justo el mismo ancho y 14 cms. de largo y se frunce la parte de abajo con una cinta. Para formar el fondo de la bolsa se corta un exágono de cartón que mida 21 cms. de lado a lado, se forra por las dos caras y se mete en el fondo de la tira, ya en forma de bolsa, para que haga de suelo.

Para guardarla si no se usa o para meterla en el baúl cuando se va de viaje, se desarma sacando el fondo y así no abulta nada.



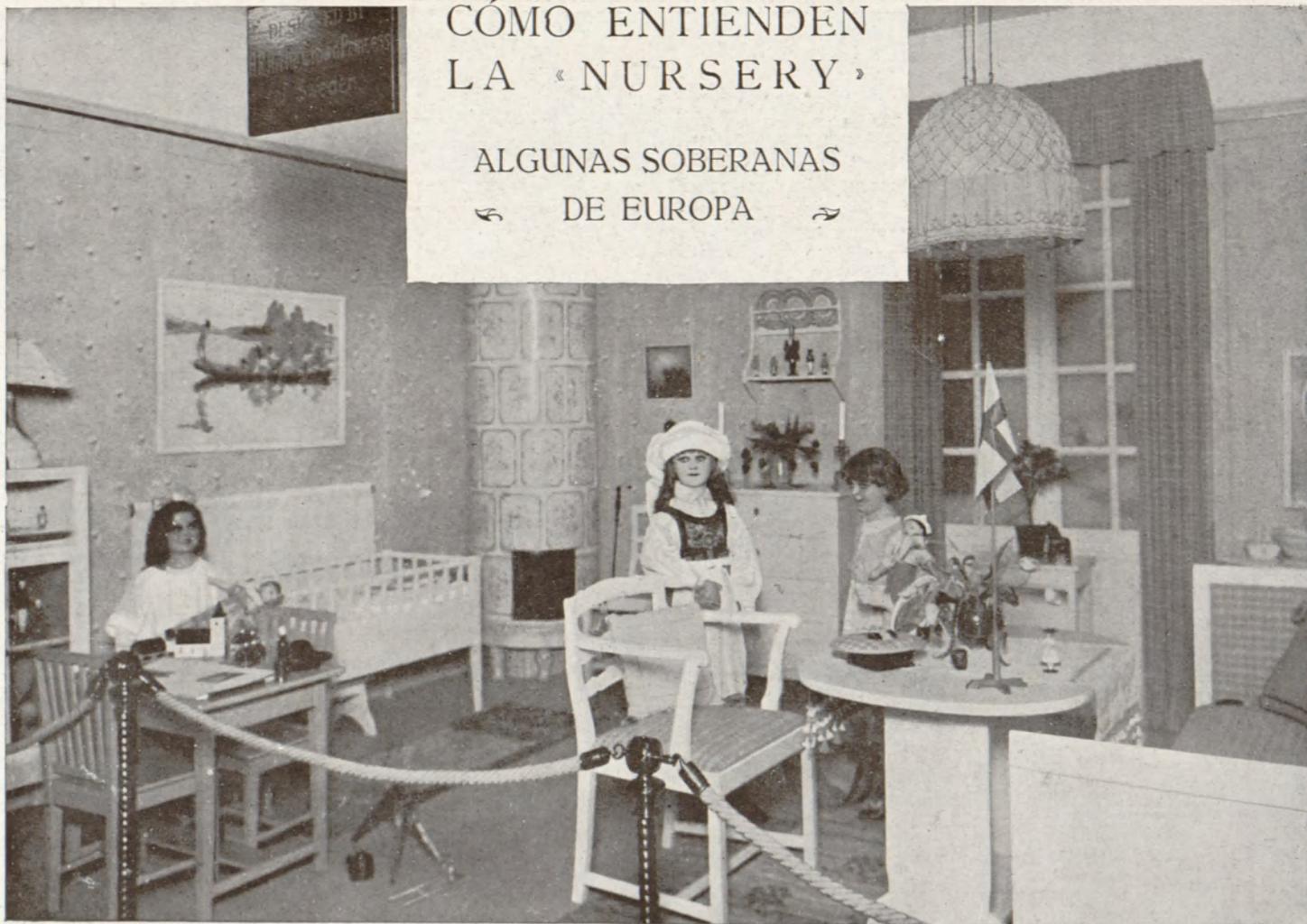
LÁMPARAS Y PANTALLAS

Las lámparas que hacen juego con la pantalla están ahora muy de moda y son muy fáciles de hacer. Se compra gasa, voile, seda o cualquier otra tela finita y que transparente con facilidad, y se forra con ella la pantalla. Luego se elige un frasco o florero de cristal blanco transparente que tenga una forma bonita y a propósito; se forra con la misma tela pegándola al cristal o cosiéndola por detrás con una costurita, pero de manera que quede muy tirante y se remata con un galón la parte de arriba y con un frunce la de abajo. Por fin se coloca una luz dentro de la lámpara y otra en la pantalla.



CÓMO ENTIENDEN
LA « NURSERY »

ALGUNAS SOBERANAS
DE EUROPA



Proyecto dibujado por la Princesa Real de Suecia



Proyecto dibujado por la Reina de Holanda



Un modelo de dormitorio para niño. Proyecto que reúne las cualidades de sencillez y de utilidad práctica



HA VENIDO OCUPÁNDOSE ÚLTIMAMENTE LA MAYORÍA DE LOS periódicos ingleses, de una interesante Exposición de «Casas ideales» que por iniciativa de Daily Mail se ha celebrado en Londres.

En ella, desde el opulento salón de señorial castillo, hasta la modesta cocina de una casa de obreros, todas las diferentes habitaciones se presentaban no ya en proyecto, sino instaladas con cuantos requisitos exige hoy en día la salubridad, la higiene y la economía de la casa moderna.

En esta Exposición a la cual han contribuido célebres artistas con su inspiración, y los más afamados arquitectos con sus iniciativas, no podía faltar la nota femenina insustituible en esta materia, ya que es la mujer la que posee el secreto de cuanto al bienestar y al encanto del hogar se refiere.

Prestándose gustosas a coadyuvar al buen éxito de la Exposición y a los fines benéficos que tenía, varias egregias damas pusieron en ella una nota interesante y simpática, viniendo a decirnos como entienden ellas que ha de ser la habitación predilecta de la madre, como si dijéramos el nido de sus amores. ¡La nursery!

Y para ello enviaron proyectos de «ellas» que en la Exposición se han instalado con todos los detalles, llamando la atención general y en particular la del público femenino.

La «nursery» de la Reina de Holanda es un rinconcito encantador de las antiguas moradas de su patria. La nota del colorido es alegre, y muy típico el gran cuévano de madre semejante a los que mecen las campesinas a la puerta de su choza mientras hilan. Sobre las pequeñas mesas, una curiosa colección de juguetes de plata antigua como falúas, barquitas y molinos de viento en miniatura, nos recuerdan la habilidad de la industria nacional...

La Reina de los belgas, eligió para su «nursery» los apacibles tonos del color verde y blanco, y ha dibujado en la pared una de esas cornisas de muñecos y animales bufos que provocan la hilaridad de los



Comedor y sala de juegos que completa el proyecto de «nursery» moderna

niños. Tiene este cuarto un rincón dispuesto con grande acierto; el de la alta chimenea a ambos lados de la cual se ven sendos divanes cubiertos de almohadones. Uno de estos, inmenso, más bien un pequeño colchón, ofrece en el suelo lugar de cómodo esparcimiento a los chiquitines, bajo la vigilancia de la madre sentada al amor de la lumbre.

También la Reina de Noruega quiere armonizar en el decorado de su «nursery» los colores de la bandera nacional, y el atrevido contraste de estos da a la vista grata sensación de vida, de alegría. Todo en ella está escogido con el más delicado gusto, y viene a recordarnos el país de las brumas. Hasta los niños representados por muñecos de cera, están vestidos con el clásico traje noruego, y para que la ilusión sea completa, por la abierta ventana vislumbramos el pie de una alta montaña, la perspectiva de una profunda bahía.

La «nursery» de la princesa heredera de Suecia es un lugar de tranquilo reposo, propicio al ensueño, los colores son suaves, cómodos los muebles... Todos estos han sido fabricados en aquel reino, y también son producto nacional las rústicas alfombras de tejido lavable, las cortinas de algodón azul adornadas de grandes «pensamientos» morados pintados a mano, las ropas de cama con sus primorosos encajes, la vajilla infantil, los juguetes, la gran estufa de porcelana blanca...

La condesa Athlone y la princesa María de Inglaterra presentan unas «nurseries» muy lindas, pero sencillas, prácticas, tales como pudieran hallarse en uno de esos «cottages» donde más poética y más bella que en la ciudad nos atrae la íntima existencia del hogar.

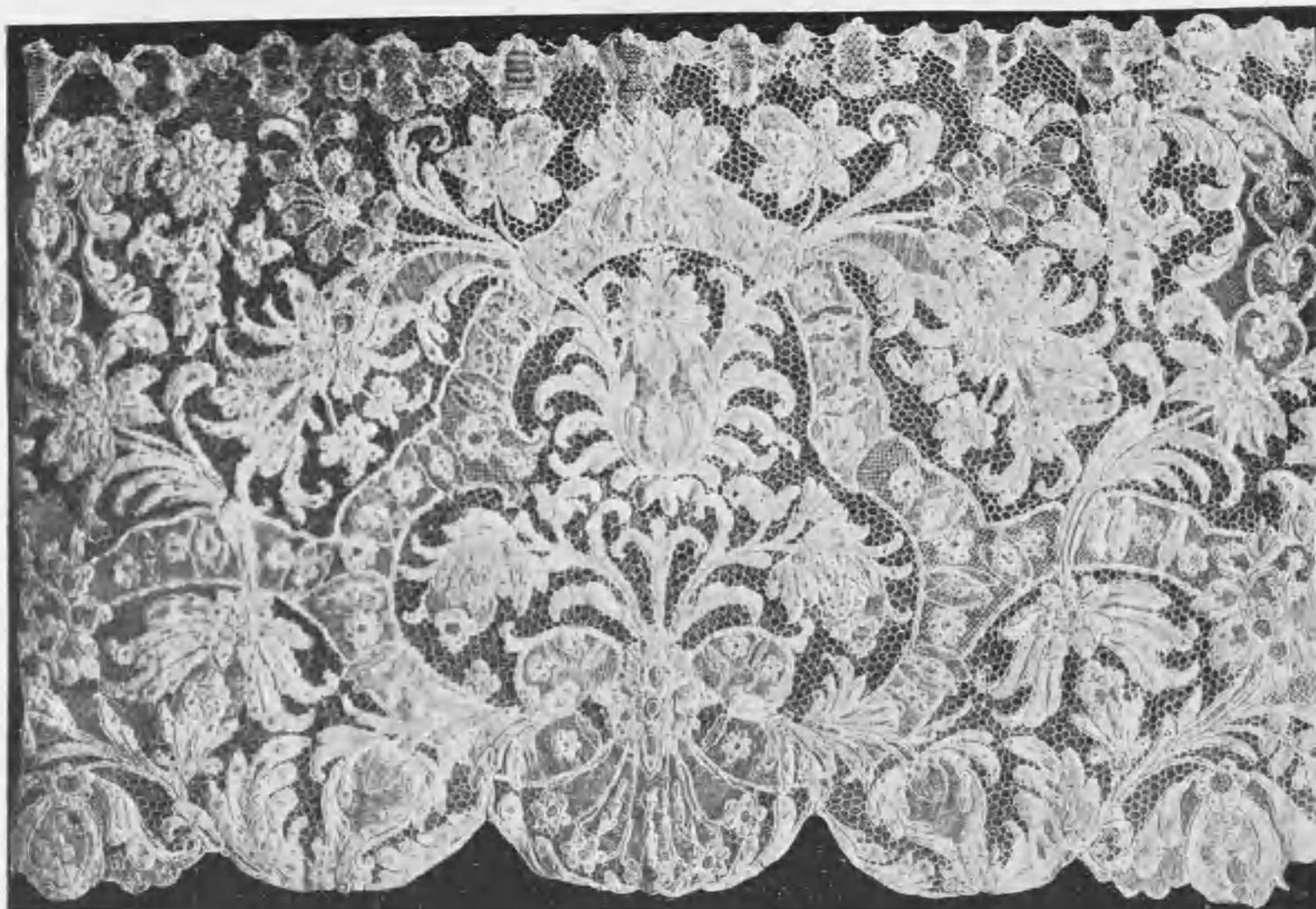




Proyecto dibujado por la Princesa María de Inglaterra



Proyecto dibujado por la Princesa Alicia, condesa de Athlone



Encaje de Alençon, del siglo XVII

LOS ENCAJES DE ALENÇON

A pesar de las numerosas leyendas que acerca del origen de los encajes se han urdido, ese origen no se pierde, ni mucho menos, en la noche de los tiempos.

Se ha dicho que Europa heredó ese arte del antiguo Oriente, cuyas civilizaciones precedieron a la nuestra de muchos milenios; pero, en realidad, no pueden considerarse como tales encajes los tejidos palpables — gasas, muselinas y redes bordadas — que las mujeres usaban en aquellos lejanos tiempos.

Hacia el siglo XIV aparece entre nosotros, por vez primera, la industria del bordado y del punto de nudo, primitivo aspecto del llamado encaje de Alençon.

Ya entonces los trabajos de aguja, que antes no habían pasado de ser un entretenimiento para las damas de la nobleza, comenzaban a constituir un oficio para las mujeres del pueblo, y una fuente de ingresos para el esfuerzo laborioso de muchas Comunidades Religiosas.

Las labores sobre lienzo, lana y seda, bordada con hilo de oro o de plata, eran la especialidad de la industria de Alençon. Las Duquesas de Alençon Margarita de Lorena y,

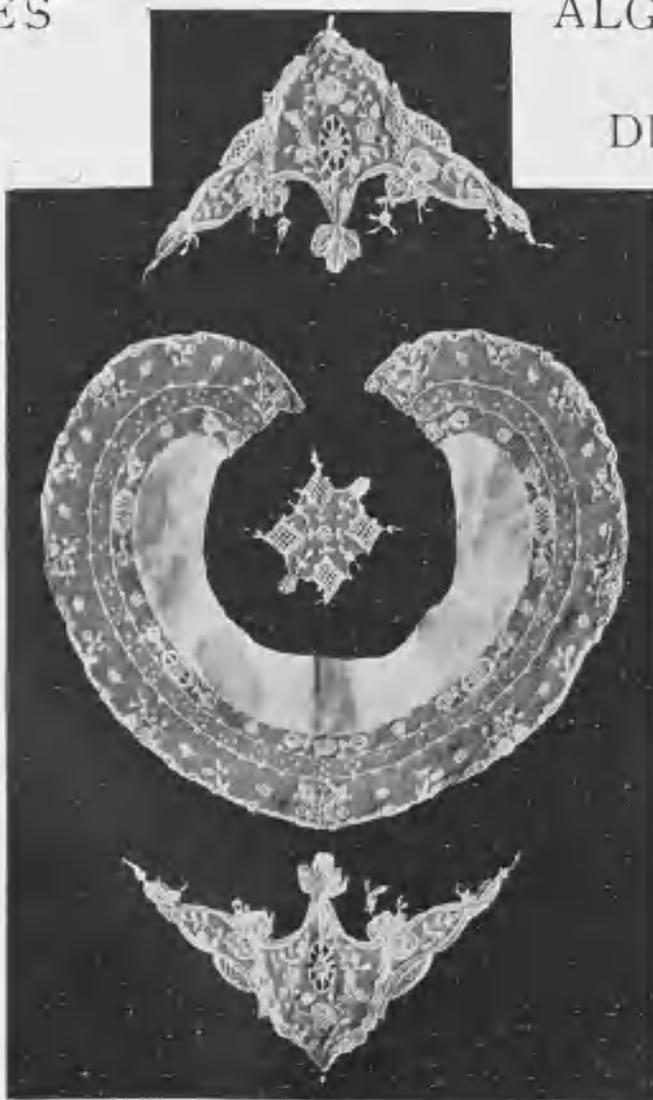
ALGUNAS PALABRAS ACERCA DE SU HISTORIA

sobre todo, Margarita de Angulema, hermana de Francisco I, influyeron grandemente en la prosperidad de dicha industria.

Más tarde Catalina de Médicis, al imponer su gusto de lujo en la Corte, y especialmente el uso de cuellos bordados, golas, etc., dió nuevo impulso a la industria de Alençon, y nuevas salidas a sus productos en el mercado no ya francés, sino europeo.

Colbert, deseando favorecer la creación de manufacturas de encaje en Francia, hizo venir de Italia las mejores maestras de tal industria. Estas obreras italianas no implantaron en Alençon sino algunos procedimientos nuevos — como el del punto de Venecia — que en modo alguno modificaron las características de la labor francesa.

Luis XIV, previendo la riqueza que había de aportar a Francia el desarrollo en grande de la industria del encaje, estableció oficialmente el centro de esta fabricación en la ciudad que la tradición designaba. Pronto contaron los talleres de Alençon más de 8.000 obreras, y era tan notable la organización del trabajo en aquellos talleres que aún



Cuello y guarnición de pañuel



Abanico antiguo, de encaje de Alençon

sin abandonar los menesteres de sus casas y el cuidado de sus hijos, podían las mujeres cooperar a esta labor.

Llegó a ser la fama de estos encajes tal, que en Versalles no podían los personajes de la Corte presentarse en ella si no era llevando en su vestido algún detalle en el que apareciera el encaje de Alençon.

La Revolución, al trocar las costumbres y las modas, inició una época de decadencia para todas las industrias del lujo, y especialmente para la que nos ocupa. Posteriormente, la fabricación mecánica de encajes creó tal competencia a la vieja labor a mano, que puede decirse que esta desapareció de Francia, conservándose tan sólo en Inglaterra y en Bélgica, donde se habían creado nuevos estilos, al imitar, acomodándolos al gusto del país, los encajes franceses.

Desde el punto de vista del estilo, el punto de Alençon experimentó muchos cambios, según las épocas, pero su característica invariable es la red de tul formada por exágonos regulares, tan delicados que parecen



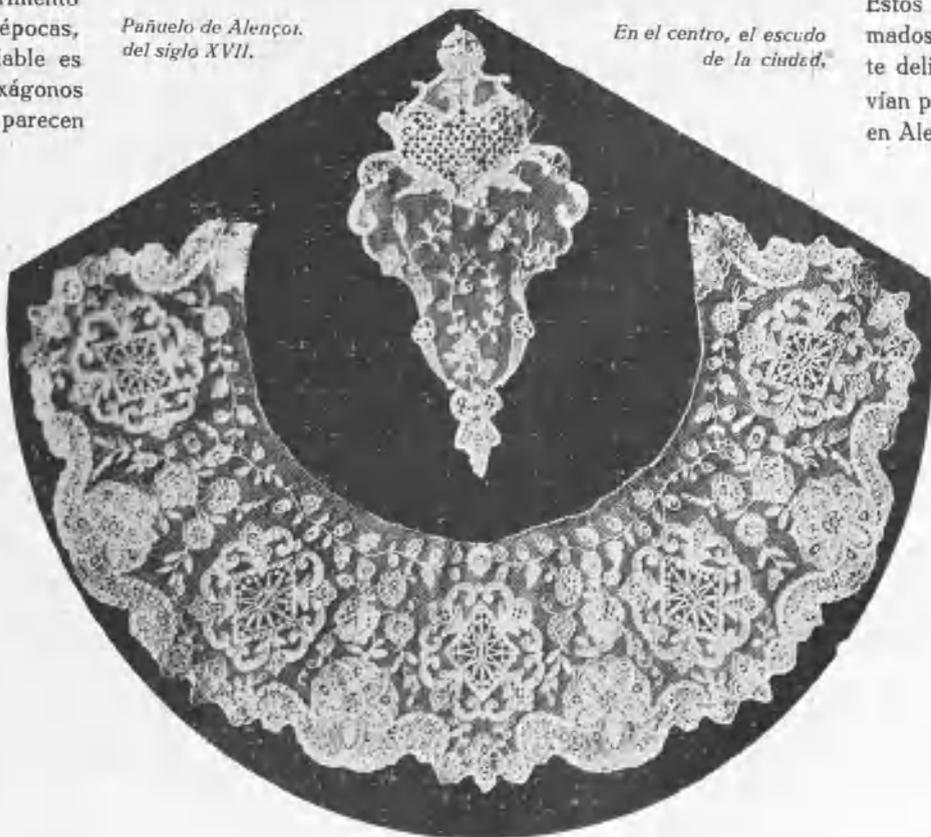
Pañuelo de Alençon, del siglo XVII.

En el centro, el escudo de la ciudad.

tejidos con un sólo hilo, y que sin embargo, según los casos, están formados por 12, 15 ó 18 puntos de ojal para cada lado, lo que representa para los seis lados del exágono de 80 a 100 puntos. Ha de tenerse en cuenta que la dimensión del exágono es, aproximadamente, de tres milímetros.

Con estos datos no sorprende saber que hay trozo de encaje que ha exigido ocho o diez meses de trabajo, y que piezas enteras han necesitado de dos años de labor para llegar a quedar terminadas.

Para conseguirlo suficientemente fino, en épocas tan diversas, no había que contar con el fabricado por los métodos ordinarios. Se recurría a un procedimiento especial, consistente en sembrar lino en el suelo de un sótano que tuviera tragaluzes muy altos. De esta manera se lograba que los tallos, al prolongarse en busca de la luz, alcanzaran longitudes de tres a cuatro metros. Estos tallos anormales estaban formados por fibras extraordinariamente delicadas, que eran las que servían para fabricar el hilo empleado en Alençon.



Cuello y dorno, siglo XVIII



Petición de las damas

Transcribimos la exposición elevada a S. M. la Reina por la Junta provincial de la Acción Católica de la Mujer, de Oviedo, y publicada por nuestros queridos colegas El Carbayón de Oviedo, y El Debate, de Madrid. VOLUNTAD hace suya la súplica dirigida a la Reina de España por aquellas nobles y valientes mujeres, y el nuevo grito de santa independencia, cuyos ecos llegan a nosotros desde las montañas de Asturias.

La exposición dice así:

«Señora:

La Junta provincial de la «Acción Católica de la Mujer», de Oviedo, integrada por las que abajo firman, acude humilde y reverente a vuestra majestad, demandando vuestra valiosa cooperación para una empresa de capital importancia, cual es la de poner un dique a los excesos de la moda en el vestir.

No se ocultan al claro talento de vuestra majestad los funestos estragos que cada día está causando en las mujeres españolas esa moda atrevida e inmoral.

Aparte de fomentar la vanidad, ruina y perdición de innumerables familias, esos vestidos descotados, ceñidos y transparentes, son un constante atentado al pudor y a las buenas costumbres, un eficaz incentivo para las más viles y bajas pasiones, que al par que degradan a la mujer, debilitan y degeneran la raza.

Los Obispos de toda España han reprobado esa desenfrenada moda con las más enérgicas palabras; y no hay una sola persona de recto criterio y sano corazón que no llore amargamente tanta inmodestia y descoco.

En vano se ha intentado poner coto a tamaño mal. Los generosos esfuerzos de no pocas mujeres de buena voluntad se han estrellado contra las locas y vanas aficiones de las demás, y de año en año va extendiéndose esa horrible plaga por todos los ámbitos de nuestra queridísima Patria, hasta el punto de que hoy las jóvenes y las inocentes y candorosas niñas se presentan en público vestidas como jamás lo hubieran soñado, siendo de temer que de continuar así, dentro de poco serán plantas raras entre nosotras la honestidad y la modestia.

Una egregia persona de vuestra augusta familia, la reina

Asturianas a S. M. la Reina

Mary de Inglaterra, ante un peligro análogo, secundando los deseos de sus súbditos, prohibió el uso de vestidos inmorales en su Corte, y la medida produjo los más felices re-

sultados. Y es que cuando los ejemplos vienen de arriba, de las clases directoras, el mal, por hondas que estén las raíces que haya echado, no tarda en corregirse y extirparse.

Por esta razón, las que suscriben, en nombre de todas las Juntas locales de la «Acción Católica de la Mujer» en Asturias y de más de quince mil asociadas, suplican a vuestra majestad se digne recabar de la Nobleza española, y en especial de todas las damas que forman la Corte de vuestra majestad, que supriman todo género de descote en los vestidos de calle y disminuyan notablemente los de los trajes de recepción, y alarguen la falda en unos y otros.

No se necesita una orden rigurosa. Basta una sola palabra, una mera indicación de vuestra majestad para que las damas todas de España le presten oídos y se decidan generosamente a corregir sus excesos. Tal es la estimación y entrañable afecto que a vuestra majestad profesan por su acrisolada piedad; la veneración que vuestros caritativos sentimientos les inspiran, y lo que admiran vuestra nunca bastante ponderada belleza que jamás necesitó de los atavíos de la moda para brillar con todo su esplendor.

Y esos ejemplos de la Nobleza, no lo dudéis, señora, serán secundados por las mujeres de la clase media, y tras de éstas irán pronto las hijas del pueblo.

Perdonad, señora, nuestro atrevimiento. Nace del ardiente deseo de que la mujer española siga siendo lo que hasta aquí; pura y modesta, dechado de todo género de virtudes, admiración de propios y extraños; nos lo inspira nuestra fe inquebrantable en Dios, que tan rigurosamente ordena la pureza de nuestro corazón: nos lo ha exigido el amor entrañable que profesamos a nuestra pobre Patria, por la cual incesantemente rogamus a la Virgen bendita de Covadonga que no consienta que caiga en el abismo de la impiedad y del vicio.

Señora: A los reales pies de vuestra majestad. La presidenta, *Isabel de Maqua*, viuda de Menéndez de Luarca.

(Siguen las firmas.)



*Para la recolección
de aceitunas salen
familias enteras
de su residencia...*

*El grupo de unos
y otros queda
cobijado por las
ramas del árbol...*

DEL AYER, DEL PRESENTE Y DEL DESPUÉS DE LOS CAMPOS FAENAS OLIVARERAS

Absorto el ánimo y cuando la mirada se expande regalándose en la contemplación de la argentada arboleda que simboliza la paz, iluminada por el sol que hace de envidiable azul el cielo de la región andaluza y tempranas y lozanas al sus bellas mujeres, rasgan el augusto silencio del campo las notas aisladas de una copla que cual eslabones dispersos el céfiro transporta.

Avanzando el caminante por la fronda de los olivares, va percibiendo más completas las notas de la musa popular con los trémolos que producen los chasquidos de las varas al azotar el árbol para descargarle de su fruto. Ya la vista distingue los colores de los corpiños y refajos de las recogedoras de

aceituna que dobladas, para la rebusca de la oliva dan la nota de una paradoja pintoresca, si se tiene presente lo penoso de la faena que realizan y la alegría de su cantar.

Y sirviendo de fondo al cuadro campestre de la recolección del árbol de Minerva, el tenue azul del horizonte que entre los *liños* se percibe confundiendo con la despejada bóveda, envidia de otras regiones, destácanse ya los primeros términos ocupados por las figuras contrastando el vivo colorido de la vestimenta de las mujeres con los trajes pardos de los varreadores. El grupo de unos y otros queda cobijado por las ramas del árbol cuyo tronco rugoso y ramaje, cual brazos que se desperezan, le hacen parecer uno de esos viejecitos simpá-

ticos y venerables por su glorioso pasado, extendiendo su bendición sobre los hijos trabajadores.

Tal es la escena confortadora de los olivares en los meses en que el letargo invernal imprime ceño tosco y adusto a la faz de los campos. Escena familiar ya que familias enteras en ella se emplean, escena de trabajo y por ende de un alto valor en Religión al cumplirse una vez más las palabras bíblicas «ganarás el pan con el sudor de tu frente», que pese a los rigores de la estación, en sudor se baña; escena de un franco optimismo que las caras risueñas y los chispeantes diálogos de los aceituneros testimonian. ¡Alegría, Luz y Naturaleza! ¿qué de particular tiene que el Amor revolotee en tal ambiente?...

En la recolección de la aceituna salen familias enteras de sus residencias: el *manigero* o *tercero* jefe de la cuadrilla, los vareadores que desde el suelo o escaleras sacuden el purpúreo fruto, las mujeres que ordeñan las ramas bajas o *sobaqueras*, los rapaces que buscan en el suelo el fruto disperso... ¡hasta los chicos de pecho que reposan en sus toscos pañales de bayeta, bajo el resguardo de algún tronco, sestean en el

la buena elaboración el llevarle mojado al molino aceitero.

A medida que el sol rutilante presta al agro su luz y calor, animanse los operarios, crecen los coloquios y se lanzan al aire las primeras coplas. Un breve descanso, el del almuerzo, es la bendición del medio día.

Y así transcurren fatigosas, pero con alegría, las horas durante la jornada «de sol a sol» ya que solamente al ocaso finaliza el trabajo. Es entonces, cuando de púrpura se tiñe el horizonte, cuando apáganse los últimos fulgores del sol que ya le ha transpuesto, cuando se empieza a ensacar el fruto que durante la jornada se recolectó.

Tornan al cortijo los aceituneros, cansados pero risueños y copleiros cual si la labor ejecutada no fuese capaz de postrar sus energías. Una excepción hay sin embargo en las expansiones; la del cazurro mayoral que masculla *in mente sua*, o más rústicamente hablando, *para su capote*, las matemáticas del aforo del fruto recogido, que efectivamente encuentran su comprobación al *medir* la aceituna, labor que corona la de la jornada, ya bajo la luz de la luna al llegar rendido a los trojes del molino, el personal.

¿Rendido he dicho? Mentí, que aún hay fuerzas para un ra-



interregno del tatar materno! Véase si es simpática faena tal que en ambiente tan familiar se desenvuelve.

Pero si seguimos la vida de los personajes que en la faena intervienen, hemos de comprender los rigores a que están sometidos.

Levantados cuando la noche extiende aún sus crespones sobre la tierra, la alborada sorprende a los aceituneros camino del olivar. El lejano canto de los gallos dura aún, cuando empiezan a divisarse en el suelo las huellas que el rodar de los carros que los conducen trazan sobre la escarcha, que bajo un cielo lunar y sereno tapizó los campos.

Silenciosa y somnolienta llega la caravana al *tajo*, que así se denomina el lugar de sus afanes. Arrebujados en las mismas mantas que han de ser alfombra en que caiga la morada lluvia de aceitunas, hembras, varones y chicos van envueltos con los rostros acorchados por el hielo.

El desayuno, un frugal refrigerio a base de migas, sirve de desperce para dar comienzo a la recogida, operación que en las primeras horas de la mañana, mientras el sol disipa la niebla, queda reducida al vareo del árbol pues el fruto corta la piel con la escarcha que le recubre y sería perjudicial a

tito de baile. Cuando el operador después de cenar, al amor de la lumbre de la leña que arde, ajusta en su despacho las cuentas al *capataz*, suena en lejanía el rasgueo de guitarras y una voz que canta:

*Planté una flor en el huerto
y la regué con mi llanto,
con esmero la cuidé
y la flor nació llorando...*

Las 806.108 hectáreas que ocupa el olivo solamente en Andalucía, proporcionan ocupación a más de 20.000 familias o sean 60.000 hombres y otras tantas mujeres y chicos. Si a España entera nos referimos, como el área del olivo es de 14.820 kilómetros cuadrados, no es aventurado calcular en cerca de 120.000 hombres y otras tantas mujeres el número de jornaleros que en el rigor del invierno aseguran así el sustento.

Peregrinando por las comarcas olivareras, durante uno o dos meses, las *casas* o cuadrillas compuestas de determinado número de familias, bajo la dirección de un *manigero* y un número de individuos que suele ser próximamente dos varo-



El descanso en la paz de la arbo'eda

nes, una hembra y dos chicos, recolectaban el fruto que da riqueza a Andalucía y celebridad al Guadalquivir. Y al acabar la *tournée*, ajustaban sus cuentas y difícilmente reunían para zurzir su vestuario y adquirir un par de fanegas de grano con que llegar al estío en que en la siega volvían a cuparse. Justificara tan desastroso balance, el importe a que *subían* (?) los jornales, algunos de cincuenta céntimos para mujeres y chicos; otros de cinco reales para los vareadores...

Sin fantasías literarias, ni tendencias radicales, obrando sencillamente con justicia, hemos de reconocer que explotación tal del trabajo condujo a desmedidas ambiciones so pretexto de reivindicación en los tiempos presentes de violencias y holganza. Testigo presencial de algún contrato de trabajo de recolección, quien esto escribe, ahogaba con indignación sus sentimientos de democracia al regatear el rico hacendado la soldada al obrero que llegaba en su *exigencia* a pedir seis reales diarios a seco.

Eran los tiempos, en que Eusebio Blasco pudo escribir una de sus sentidas poesías la del zagal que

*dando al aire una canción
y sacando indiferente
un mendrugo del zurrón*

apacentaba su hato ganando «¡Un duro al año!»...

Era en los tiempos de paz industrializada, cuando no habían llegado a los campos nefastas propagandas que arraigaron cual semilla de malas hierbas por culpa de quienes no supieron cultivar afectos y dejaron germinar para recoger a la postre odios...

Hogaño, trocose infame la visión de paz y de trabajo. Arde el cortijo y el flamear ro-

jizo del incendio criminal, oscurece con sus humos de maldición y venganza el sereno luminar de la esplendente bóveda azul. Cae el patrono bajo el puñal homicida manejado por torpe mano, instrumento inconsciente de ruines apóstoles, guardando discretos su cobardía, dirigiendo los hilos de la trama desde segura madriguera, mejor que arriesgando a frente descubierta los peligros del asesinato. Corre la sangre tiñendo también en rojo el gualdo de los trigales y el verdor de los olivares; corre esterilmente, porque no se sembró o porque la cosecha fué arrasada por el populacho ciego, cuando descuajó plantíos o cuando entregó al fuego seculares olivos sin respeto aún a su glorioso histórico...

Y en la dinámica social, una vez más se cumplió y se exageró la axiomática oposición de una reacción de la misma y opuesta intensidad, a la opresión que sufriera el rústico trabajador. Pero ha hecho aún más la tiranía libertaria: ha prostituido su propia idea y bajo la divisa de libertad ha esclavizado con férrea y alevé dictadura a sus prosélitos que huyendo de una explotación, han caído en otra más tirana, más estúpida,

ya que lejos de prender acortar la distancia de clases por la mejora de las más necesitadas, ha buscado la igualdad de todas en la miseria. ¿Qué otra cosa supone la destrucción de los campos, que hambre y privaciones?

¿Prenderá en lo sucesivo este movimiento destructor, que encona la lucha de clases? No.

Rectifíquese la conducta seguida, contrástense con doctrinas de amor y caridad los errores revolucionarios, y las ramas del olivo seguirán cobijando a los trabajadores.

J. M. DE SOROA



... y transcurren fatigosas, pero con alegría, las horas...



EL COHETE

(CUENTO)

L

N LA MESA DE TRABAJO del pirotécnico, hubo aquel día una tremenda disputa que, por casualidad, no llegó a tomar mayores proporciones:

— ¡Uf!, que olor tan insoporable! —dijo un carrizo, dispuesto a dar unos cuantos palos si era menester.

— ¿Es por mí? —replicó, en tono de zumba, un ovillo de guita que, rodando, se había puesto cerca del carrizo.

— Por ti y por el cartón, tu compañero; que dais un olor de todos los diablos.

— ¡Uf! ¿Hacéis el favor de retirarse?

— ¿Es que no visteis, en vuestra vida, un carrizo, para que así me apretujéis? —y ante la sonrisa burlona de la guita añadió el carrizo desdeñoso—: ¡Claro! Jamás sa-

listeis al campo y no tenéis la menor idea de nuestra hermosura y de cómo balanceamos al viento nuestros penachos verdes... Os concedo que me observéis, aunque cortado y sin hojas; pero hacerlo a distancia, pues despidis un hedor insoportable.

— Hedor llama, ¿lo has oído, cartón? A tu magnífico olor a cola y al mío, no menos estupendo, a cáñamo remojado —dijo la guita, moviendo coquetona su esfera, sobre la mesa y luego añadió:— desengáñate carrizo, eres un pobrete sin civilizar.

— *Jo, jo* —dijo, riéndose el canuto de cartón.

Y la guita prosiguió:

— Eres un cerril, pobrecito carrizo, que ni a caña has podido llegar quedándote enano. Los carrizos ¡no me interrumpas, que sé más que tú, de ti mismo! Los carrizos sois el *quiero* y *no puedo*: quisisteis ser cañas y os quedásteis en el camino y sólo sois una imitación. —La guita como se vé, quería herir al carrizo en lo más íntimo.

—¡Deslenguada! —zumbó el carrizo—. Ni consiento que me digas pobrecito, en tono de lástima, ni que me trates como ahora lo has hecho ¡feal! ¡pordal! ¡hedionda!

—¡Aspirante a caña! —dijo la guita.

—*Jo, jo* —volvió a decir, riendo; el canuto de cartón.

Y el carrizo tras de haber mirado a éste con desprecio, contestó a la guita:

—Eres tan ignorante como hedionda y larga de lengua. Yo, aunque de la misma especie que las cañas, perteneces a distinta familia y tengo mi misión aparte de la de ellas. En cambio tú ¡guita pestosa! y tú ¡canuto huecol ni sois nadie ni tenéis como yo especie ni familia; decid, ¡decid! ¡cuál es vuestra familia y esta de qué especie?

La guita y el canuto de cartón no pudieron replicar seriamente al carrizo y por esto comenzaron a gritar insultos con tales voces, que la pólvora que estaba sobre la mesa en una caja de lata, se vió precisada a intervenir, diciendo: —¡imbéciles! ¿podréis callar y ser discretos? ¿A quién importan esas tonterías de que habláis, para que así déis tantas voces?... Yo soy mucho más que todos vosotros, pues me fabrican y me guardan con especial cuidado, y mirad con que sosiego y compostura estoy sobre la mesa.

—¡Ya habló la negra presumida! —contestó la guita.

—Presumé polvo... *jo, jo* —dijo el canuto atragantado con su risa hueca; pues nunca ésta le dejó decir dos palabras seguidas.

—Y la mecha, que estaba formando una madeja como de hilo negruzco, la cual tenía añejos resentimientos con la pólvora, por sus disputas sobre quién ayudaba a quién, interrumpió:

—¡Cállese la negruzca! —y no se engría donde la mecha esté, pues sin mí, que al llevarle el fuego le llevo la vida sería una cosa tan estúpida como un puñado de arena...

—La cuestión se agrió de tal forma, que no hubiera terminado en nada bueno, a no ser porque el pirotécnico, que estaba comiendo con su mujer y con sus hijos, ya que hubo terminado, se llegó en este punto, a la mesa de su trabajo, tomó el canuto de cartón y le puso en un extremo, muy sujeta y apretada, una gruesa bola de guita, luego lo rellenó de pólvora y le colocó un trocito de mecha y después, ya adobado el canuto en esta forma, lo sujetó a uno de los extremos del carrizo: el cohete estaba hecho.

Y entonces sucedió una cosa muy extraña: y fué, que la pólvora, el canuto de cartón, la guita, la mecha y el carrizo, que formaban el cohete, desde el instante en que se vieron juntos de esta manera, no pensaron en reñir, como antes, y ni la pólvora decía: —¡Yo soy la pólvora! —ni la guita — ¡Yo soy la guita! —sino una voz nueva, que salía de todos, decía: *Yo soy el cohete*; y esta voz les era muy agradable. Al cohete se le ocurrió preguntar por qué era esto a una arañita vieja, que estaba en el centro de su tela, en el rincón donde el pirotécnico puso al cohete, y la arañita le contestó:

—Tú no lo sabes porque eres muy joven: las cosas de que te ha hecho ese hombre, estaban sueltas y en desorden encima de la mesa y cada una se creía más que las otras y que ella sola bastaba para todo, incluso para remontarse hasta las nubes como tú puedes hacer ahora,

cohete, por eso reñían; pero vino ese hombre, que es más, mucho más, que todos nosotros, y puso en orden aquellas cosas y las sujetó a una ley; te lo diré más claro, cohete: puso en su lugar y en la forma debida cada una de las cosas de que te ha hecho y con sólo hacer esto, naciste tú; y por haber colocado en tal disposición la pólvora y la guita, la mecha, el carrizo y el canuto, es por lo que ya no riñen y, por lo que tú sientes esa voz agradable y ese bienestar, por cuya causa me preguntabas: — y la arañita sabia se arrebujó en el centro de su tela.

¡Qué alegría tan grande sentía el cohete! Miraba muy agradecido al hombre que lo fabricó; escudriñaba, desde su rincón, todo el cuarto, enterándose de todo; y estaba tan contento, que compuso unas canciones y las cantaba muy regocijado y apacible.

Un día, vió el cohete que empaquetaban a unos compañeros suyos, y con mucho cuidado los metían en una caja y que los mandaban a un pueblo para lanzarlos en los días de feria. El cohete se apenó porque a él no le había tocado; y estaba deseando y no hacía más que pensar en el momento de verse por los aires. Nuestro cohete se daba con esto mucha importancia y, a decir verdad, miraba con algo de desprecio a las demás cosas que había en el cuarto del pirotécnico.

En estos pensamientos se ocupaba un día en que el viento abrió la ventana del cuarto y rozó al cohete. —¡Ola! —dijo el cohete al viento de un modo familiar—. ¡Gracias a Dios que llegas! y ya que somos de una raza diferente de la de todas estas cosillas que hay en el cuarto, te suplico me saques de aquí, pues estoy harto de sufrir a las arañas, que se me montan encima y dejan caer sus hilos sin pizca de respeto.

El viento, sin hacer caso, siguió silbando blandamente por la habitación.

—¿Qué dices? —preguntó el cohete, y como el viento siguiera sin darle respuesta, añadió: —Sin duda ignoras quién soy yo y me tomas por una mosca atrapada en la red de una araña. ¡Soy un cohete!

—Ya lo sé —dijo el viento, dulcemente; pero siguió silbando y corriendo, sin hacer más caso del cohete y, entonces, éste, muy ofendido, le dijo:

—¡Viento: te repito que no sabes con qu'en hablas y piensa en que yo he de pasar por en medio de tu cuerpo, camino del cielo y, de las nubes, que veo por esa ventana!

El viento siguió muy distraído sin cuidar de lo que decía el irritado cohete, y entonces éste determinó concluir con él, diciéndole:

—¡Eres un miserable! Me he dignado dirigirte la palabra y tratarte casi como amigo, por pura condescendencia; yo sé que eres un trasto, que no haces más que correr como un loco, metiendo ruido y agitando las cosas que encuentras a tu paso para que noten tu presencia, pues si no enredas de esa forma nadie sabe que pasas, ni te ve. Sólo quise hacerte un favor con hablarte, pues bien se yo que mis hermanas son aquellas las nubes. ¡Míralas que altas y que hermosas! —Y como hubiese estallado la tormenta, el cohete que lo vió por la ventana, continuó subiendo en su orgullo —: Mira, mira, vientecillo despreciable, mira el resplandor y es-

cucha el estampido de aquella nube. ¡Pues eso soy yo! ¡Ya me verás! —Y quedó en silencio mirando por la ventana a la nube de tormenta, como si fuese igual a ella; aunque para decirlo exactamente, hubo un rato en que, a fuerza de fijarse, el estampido y el resplandor del rayo, le parecieron pequeños, en comparación con los que él albergaba, y entonces miró a la nube como a una hermana pequeña.

El viento siguió canturreando su canción... Vino la noche, se disipó la nube de tormenta, brillaron las estrellas en los cielos y el cohete se consideró estrella, porque lanzado de noche, él brillaría en lo alto, con luz potentísima.

...

En las fiestas de un pueblo se vió el cohete en manos de un hombre que prendía fuego a su mecha; los niños se acercaron curiosos y alegres y el cohete no dejaba de gritarlos:

—¡Estúpidos, retiraos! ¿Creéis que yo soy un juguete para entretener vuestras niñerías? —pero los niños no le dieron oídos...

Se lanzó a las alturas y entonces desató su orgullo contra el viento castigándolo con su paso veloz, hendiéndolo con su bola de guita, sacudiendo chispas con gran furia como si pretendiera quemarle... Y el viento se le escapaba y corría por los costados, cantando como siempre. Se encaró con las nubes y las desafió a que tronaran como él... Llegó a la altura calculada por su

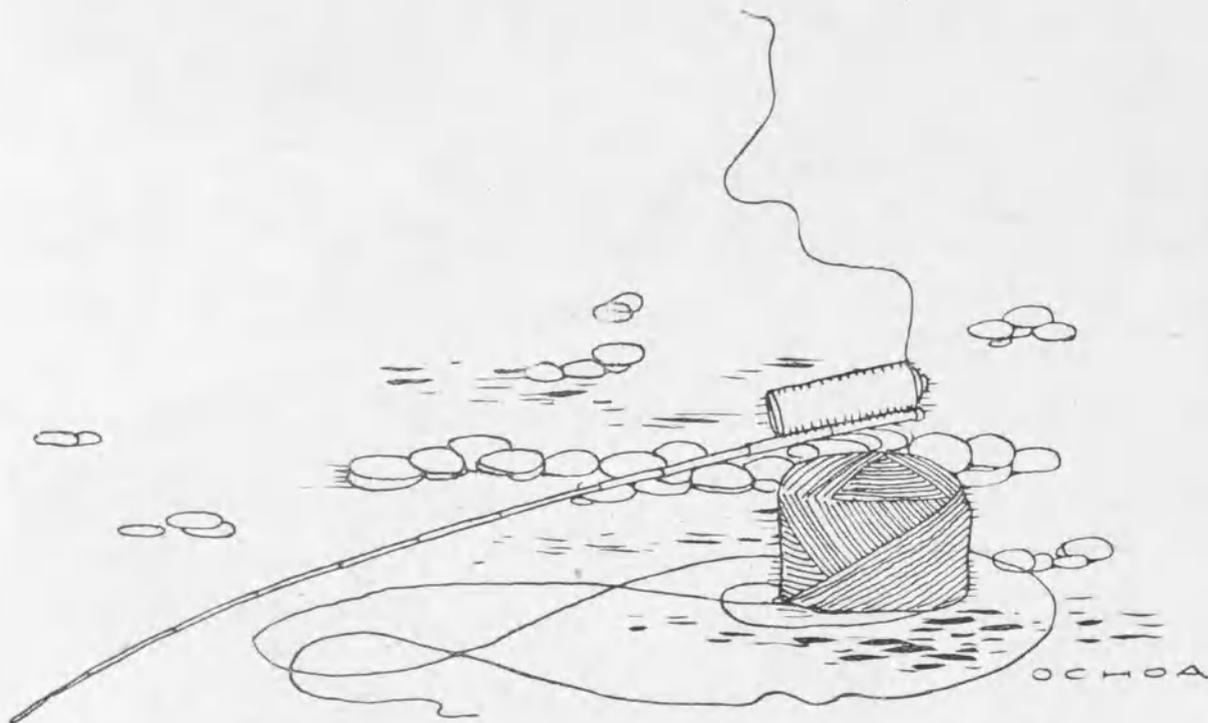
carga, se inclinó y dió un estampido furioso coronado de un resplandor vivísimo... Para caer al punto hecho un resto de cartón y carrizo chamuscados, entre el polvo del suelo...

Una nube comenzó a llover y los restos del cohete se vieron envuelto con el barro; entonces, comenzó a gritar, mirando a la nube, quejándose de la poca consideración guardada a un ser tan grande como él fué. Unas bestias le pisaron el chamuscado carrizo y lo hundieron más en el barro... lloró y a sus lamentaciones, el viento juguetón repuso:

—No te laments, cohete, porque nadie guarde memoria de ti: te creiste nube, estrella y tempestad, cuando eras sólo un entretenimiento. Más para que no digas soy cruel porque te digo cosas mortificantes cuando te veo roto y entre el barro, añadiré que hay quien se acuerda de ti, pues no te escucharon cuando les sorprendiste con tu orgullo, y esos, te creyeron, en aquel momento estrella y trueno; y si les hicisteis reír y gritar, no fué por burla, sino porque llenásteis de imágenes sus cabecitas y de gozo sus tiernos corazones: los niños, cohete, eso sí, se acuerdan de ti.

Ya ves que si algo dejas, no es precisamente lo que sembró tu orgullo... Y escucha, cohete: lo que no te perdono es que me hicieras meterme a predicador; pero el viento loco y juguetón no podía dejarte sin consuelo.

ANTONIO PORRAS



DE LA CARRERA
«IIIª VUELTA A
CATALUÑA», OR-
GANIZADA POR
EL REAL MOTO
CLUB DE BARCE-
LONA

Vea el lector, en las fotografías que ilustran esta información, unos elegantes y sólidos cochecitos, que de no haber gozado ya justa reputación los talleres de los señores Díaz y Grilló, hubiesen bastado para hacer de dicha Sociedad industrial una de las Casas más prestigiosas. Todos los aficionados al deporte automovilista conocen estos coches, que han triunfado en cuantas carreras tomaron parte. Fué en Diciembre de 1915 y en Junio



Segismundo Catalá en la carrera
Vuelta a Cataluña

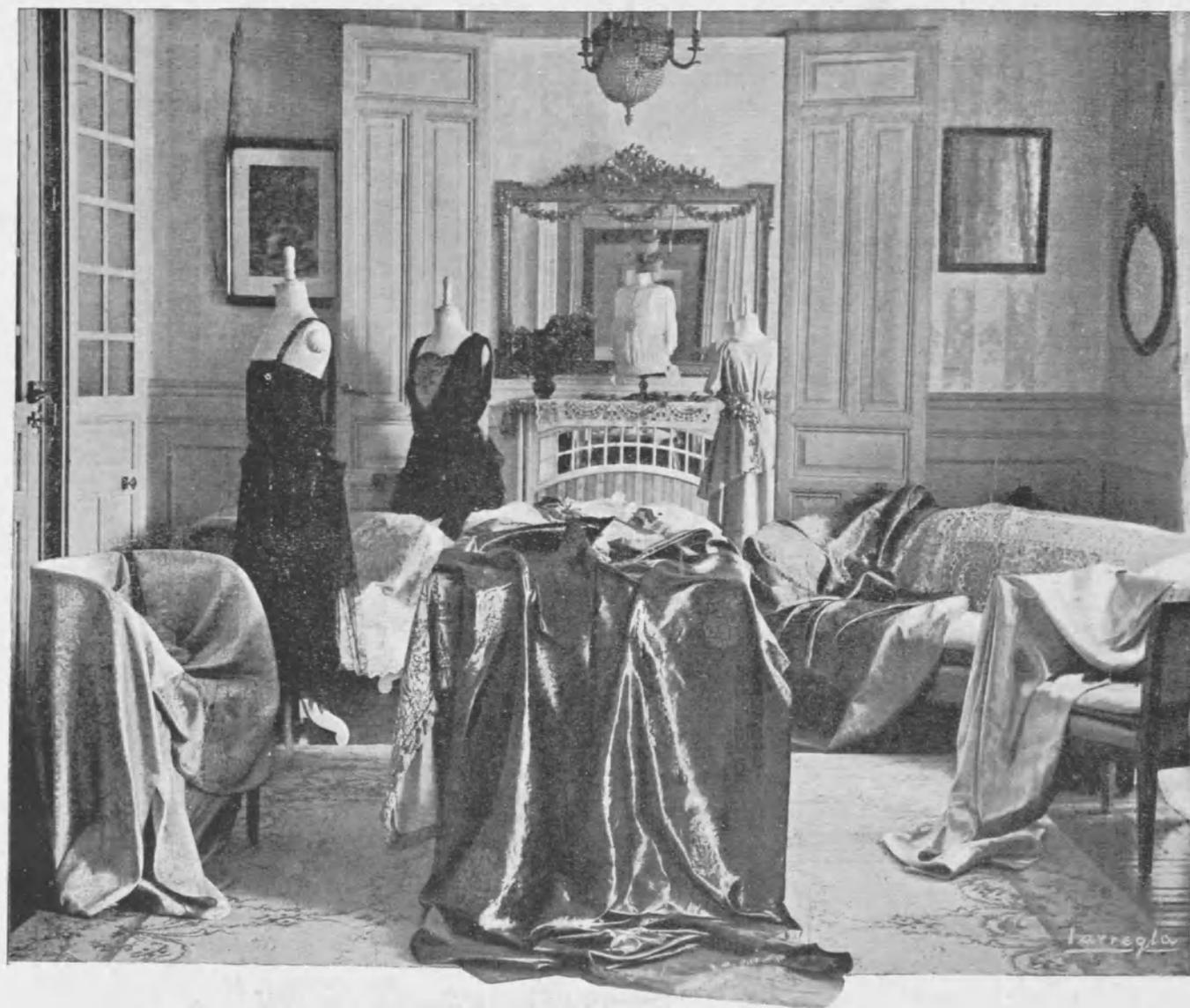


El Sr. Tejedor en la carrera
«Vuelta a Cataluña»

Cipriano Tejedor en la carrera
«Cuesta de los Bruchs»

de 1916 que, en los célebres recorridos Barcelona-Madrid-Barcelona, conquistaron el premio de regularidad con el segundo de clasificación; en las sucesivas carreras siguieron añadiendo victorias, registrando en su haber recientemente dos verdaderamente definitivas. Nos referimos a la Cuesta del Bruch y a la III Vuelta de Cataluña, de regularidad, y en las cuales recorrieron los 640 kilómetros los dos coches que los señores Díaz y Grilló inscribieron conquistando los dos primeros premios.





Aspecto de uno de los salones de exposición de la casa

Isáura y Eugenia

Sucesoras de

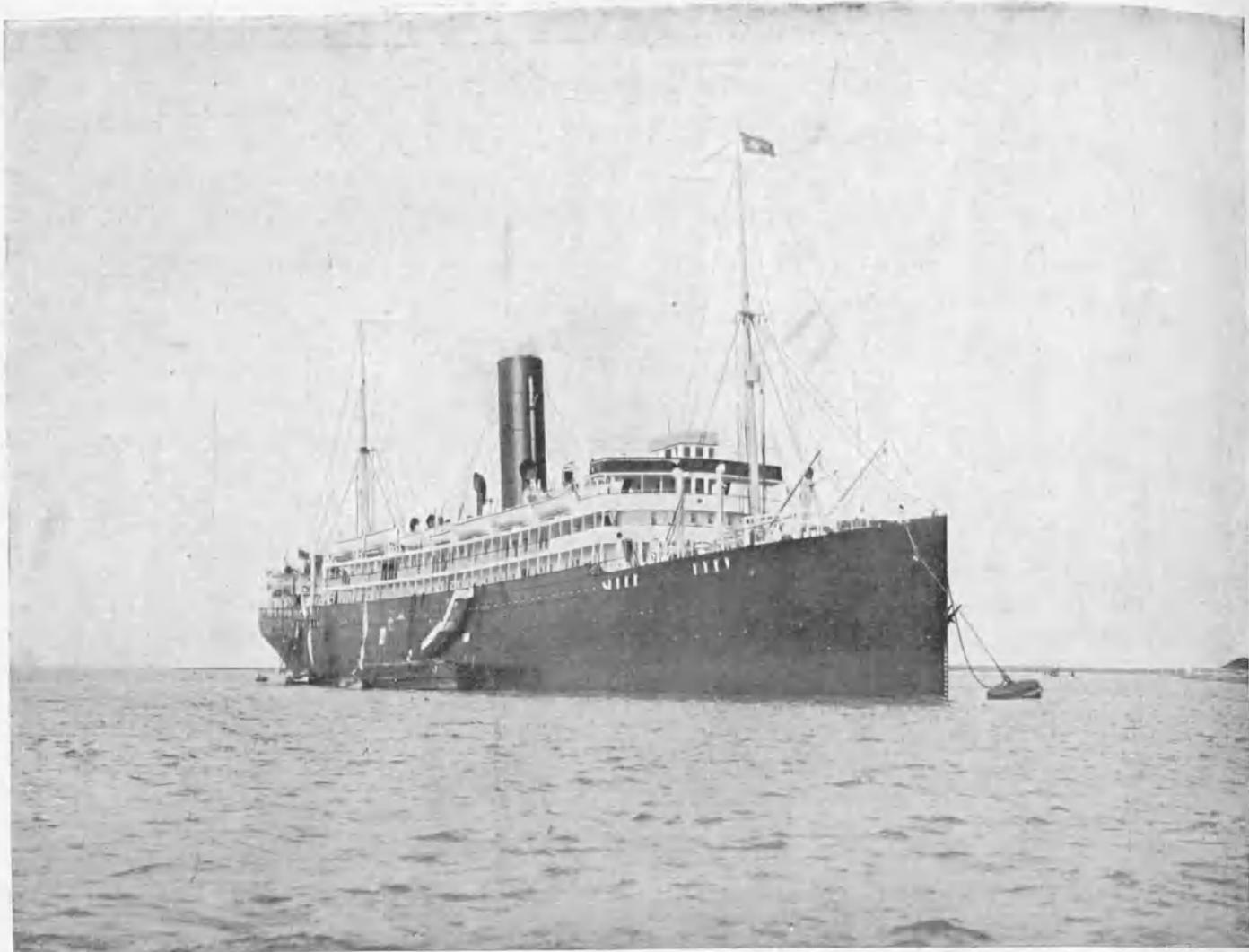
∞ ∞ *Gosálbez* ∞ ∞

TAMAYO, 6, PRAL.

TELEFONO M. 1434



Vestidos, abrigos y pieles



Servicio de la Compañía Trasatlántica

LINEA DE CUBA MEJICO.—Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Saliendo de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES.—Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA MEJICO.—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMB'A.—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO PÓO.—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

LINEA DE BRASIL-PLATA.—Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábricos a New-York, y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y esmerado trato, como lo acreditó en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

FÁBRICA DE ESPECIALIDADES DE PERFUMERÍA Y PRODUCTOS FARMACÉUTICOS

DENTÍFRICOS ONYX
NO TIENEN RIVAL

LABORATORIO ONYX, S. A.

BARCELONA

Virgen de Gracia, 16 (S. G.)
Apartado de Correos, 549
Teléfono número 14058

HIJOS DE MANUEL GRASES

Hules — Plumeros — Cepillos
Gamuzas — Esponjas — Linoleum
y toda clase de artículos de limpieza

PEFUMERIA DE LAS MEJORES MARCAS

Sidol. Lo mejor para limpiar metales

Infantas, 25 (esquina Clavel). Tel. 2.731

SUCURSALES:

Fuencarral, 8 - Teléfono 2.862

Atocha, 16 - Teléfono 2.730

CALZADOS PERPIÑAN

= los =

preferidos

DESPACHOS: Atocha, 71-73; Pos-
tas, 23; Bolsa, 16; Embajadores, 28

ACCIDENTES NERVIOSOS
EPILEPSIAS

*Convulsiones, vértigos, temblores,
desvanecimientos, agitación nocturna, insomnios,
palpitaciones, migraña, pérdida de la memoria, asma,
congestiones cerebrales y demás enfermedades nerviosas -
Venta Barcelona, Farmacia del autor, calle Junqueras, núme-
ro 11 - Madrid, Pérez Martín y Compañía, Martín y Du-
rán, Francisco Casas, Sucesores de E. Steinfel,
Centros de específicos y Farmacias*

ELIXIR BERTRAN

CASA FUNDADA EN 1860

JOYERO

Marabini

TASADOR AUTORIZADO

CARRERA DE SAN JERÓNIMO

MADRID

La Electro-Mecánica Ibérica

Ascensores OTIS PIFRE
Calefacción - Maquinaria

Ronda de Atocha, 32-34 = MADRID

Florescencia
y Pizar, Hermanas

MODISTAS

ACUDEN A TOMAR
ENCARGOS A DOMICILIO



Zorrilla, núm. 31

Es el mejor sustitutivo del café



Malta ROYALIX

Bebida higiénica, refrescante y alimenticia.

De venta en todos los establecimientos

Manuel García

FABRICANTE

Calabria, 67 BARCELONA Tel. 3105 A

REJERIA Y APARATOS DE LUZ
HIERROS DE ARTE
JULIO PASCUAL
TOLEDO
FORJA Y CINCELADO

ALIMENTOS VEGETARIANOS Y DE REGIMEN PARA SANOS Y ENFERMOS
CENTRO NATURISTA
"VIGOR"
FABRICA Y ALMACENES
Calle Mesina, 90 (5)
DESPACHO
Trafalgar, 5 Tel. 7998
DEL ESTOMAGO
VIENTRE DIBETICOS OBESOS
ANEMICOS TUBERCULOSOS
NEURASTENICOS
ALBUMINURICOS, etc.

Quesos - Mantecas - Comestibles finos

Rivas García

Peligros, 10-12 MADRID Teléfono 678



J. M. Maumejean, H^{nos}

Vidrieras artísticas

Mosaicos venecianos

Fábricas: MADRID y SAN SEBASTIAN

Paseo de la Castellana, núm. 64 MADRID



ARTISTAS ESPAÑOLES
FERNANDO ALVAREZ DE SOTOMAYOR
(Retrato de la Excma. Sra. Marquesa de Amurrio)



LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA DE LA MUJER



A EXPLICAMOS, EN UN artículo anterior, qué entendemos bajo esta rúbrica. Acaso mejor que ella expresaría nuestro pensamiento esta otra: *La sustentividad económica* de la mujer.

En nuestra aspiración, que entendemos ser genuinamente cristiana, hacia la igualdad espiritual

entre los sexos, hallamos que esta igualdad no se puede lograr, si no se da a la posición de la mujer en la sociedad, una sólida base económica. Si la mujer ha de ser considerada como igual espiritualmente al varón, se necesita que su condición económica no sea *adjetiva*; no esté librada (salvos los casos de pingüe herencia paterna) en el hallazgo de un marido que la sustente. Pues, mientras esto haya, es inútil hablar de igualdad espiritual.

Es esta una historia vieja. Los hombres *libres* que no pudieron sustentar su libertad política sobre un sólido apoyo económico, cayeron en el vasallaje y en la servidumbre. Así sucedió en Roma (para no subir más arriba en la serie de los tiempos); así se repitió en los Estados nuevos, formados en las antiguas Provincias romanas por los pueblos germánicos. Y así está pasando en las sociedades modernas. Sin base económica, es irrisorio tratar de libertad.

Y la mujer necesita esa libertad, primero y principalmente, para elegir estado.

Sabido es el religioso respeto que tiene el Cristianismo a la libertad individual, así del varón como de la mujer, cuando se trata de la *elección de estado*.

Para las personas que eligen el estado religioso, especialmente para las mujeres, en quienes hay más peligro de que se coarte su libertad, se instituyen repetidas inquisiciones enderezadas a cerciorarse de si su elección es verdaderamente libre.

En la celebración del matrimonio cristiano, el sacerdote asistente interroga a uno y otro cónyuge acerca de la libertad de su elección.

Es que no se trata ya, aquí, de la mujer pagana o musulmana, mirada como esclava de quien dispone el padre o dueño; se trata de la mujer redimida y restablecida en aquella preciosa libertad que Cristo trajo al mundo.

Pero, repitémoslo: esa libertad tan solícitamente investigada por la Iglesia, se falsea y hace irrisoria, si no se apoya en una base económica; en una *independencia económica de la mujer*.

La joven a quien el Prelado examina sobre la libertad de su vocación religiosa, o el párroco interroga sobre su libre voluntad de contraer matrimonio, dice que *quiere*, y quiere en efecto. Pero quiere porque no puede dejar de querer. Y no puede dejar de querer, porque no tiene base económica donde apoyar sus libres movimientos.

Antiguamente, la beneficencia cristiana, que se extendía a todas las esferas de la vida, había descubierto esta necesidad y había tratado de proveer a ella, instituyendo numerosas fundaciones para *casar* doncellas pobres y *dotar* a las que sentían vocación religiosa.

No sabemos si hay ahora algunos casos. Ciertamente que ha dejado de ser común la manda, que se hallaba en tantísimos testamentos antiguos para dotar doncellas: es decir, para ofrecer a las que no tenían recursos, el medio indispensable para elegir su estado libremente.

Ni creemos nosotros que sea ese el camino por donde hay que procurar el remedio de la necesidad que señalamos.

En aquellos tiempos de vida económica angustiada, se fiaban a la beneficencia muchas cosas, que hoy se han de apoyar en el *trabajo*. Esta es, por lo menos, nuestra opinión.

La mujer no podrá aspirar a la igualdad espiritual con el varón, mientras no goce de libertad en la elec-

ción de estado. Y como no gozará de esa preciosa libertad, mientras no logre independencia —substantividad— económica, de ahí que la educación femenina de nuestros días haya de apuntar a ese blanco, y por ende, necesite transformarse de una manera radical.

¿Qué finalidad se propone actualmente la educación femenina por lo menos la que sale de los estrechos límites de la escuela elemental?

Casi exclusivamente parece proponerse *adornar* a la joven.

El Colegio de señoritas tiene (si se pone aparte la educación religiosa), aspiraciones muy semejantes a las de las modistas y perfumerías; hacer de esa criatura que educa, una *preciosidad*; un objeto de *lujo*...!

Esta consideración nos trae a la memoria una idea muy triste, y que no nos atrevemos a proponer sin pedir antes mil perdones.

La *cultura femenina* comenzó en Oriente y en Grecia, no para educar a las futuras *matronas*, a las jóvenes que habían de ser madres de hombres ilustres, sino a las *hetairas*, a las mujeres de placer destinadas a divertirlos, no sólo con sus encantos naturales, sino con la poesía y la música...

De este número fueron algunas de las mujeres que han transmitido su nombre a la Historia literaria, como la desgraciada Safo...

Claro está que el *ideal* de la moderna educación femenina, el blanco a que apunta el Programa de los Colegios de señoritas, es muy diferente. No se piensa en preparar una *hetaira*... Pero se le enseñan casi exclusivamente las cosas que podrían servir a una tal más que a una atareada ama de casa.

Estamos cansados de oír lamentar que las jóvenes olvidan, en cuanto se casan, esas *artes decorativas* en cuyo penoso aprendizaje habían pasado lo mejor de sus años de Colegio.

¡El piano! ¿Cuántas señoras conservan el piano tan penosamente aprendido, más allá del nacimiento del primer hijo?

No menos inútiles les suelen resultar el francés o inglés; el dibujo o pintura... *femeninos*, y las prolijas labores que no sirven más que para *matar horas* en la fabricación de objetos inútiles...

Non scholae sed vitae discimus. No aprendemos para la escuela, sí no para la vida. He aquí uno de los antiguos lemas de la sana Pedagogía.

Mas ¿para qué vida *prepara* el Colegio de señoritas?

¿Para la vida de *casadas*? Y ¿cómo sabe si será ese el destino de cada una de sus alumnas? Amén de que, si en ese blanco diera su educación, no oiríamos luego los lamentos dichos, sobre el olvido de todo cuanto enseñó el Colegio, en la vida de familia.

Pero la educación femenina ha de preparar, ante todo, para la *libre elección de estado*. Y ya hemos visto que esa libertad no puede subsistir donde no se dé a la mujer, por medio de su educación, independencia económica.

Desde el momento que la joven llega al término de su educación, sin otra perspectiva que *casarse o ahorcarse*, se ve empujada por los caminos de la frivolidad, y degradada a la condición de *artículo de lujo* que ha de ostentarse y pregonarse hasta hallar comprador.

Cuando se considera la educación femenina desde este positivo y cristiano punto de vista, se ofrecen dos grupos de factores que hay que tener en cuenta; las *posibilidades* que la sociedad presente brinda a la mujer, para alcanzar su independencia económica, y los *medios* o la preparación que han de disponerla a lograr esas posibilidades, convirtiéndolas en realidades.

Pero este estudio nos alejaría del tema (que deseamos terminar) del presente bosquejo.

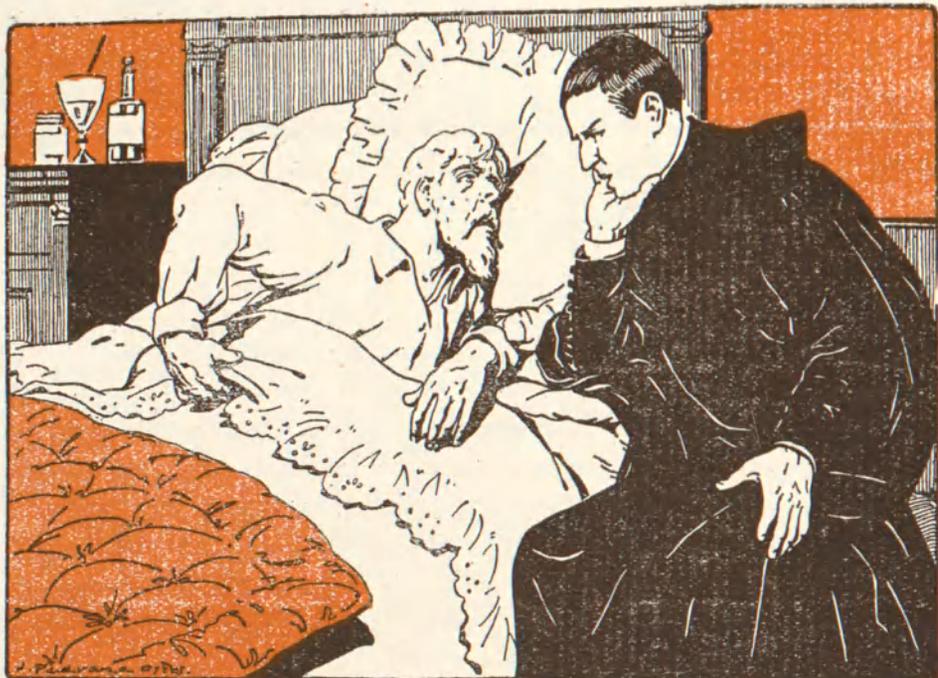
Hemos echado de menos en el *ideario 'femenil'* una noción, de que ha de nacer una aspiración de las jóvenes y de los que dirigen el movimiento feminista. Esa noción es la de la *independencia económica* de la mujer, a la cual debe aspirar la mujer para lograr prácticamente su igualdad espiritual con el otro sexo.

Sólo sobre esa base sólida se podrá afirmar la libertad de la mujer en la elección de su estado; sin la cual no es posible redimirla de la servidumbre en que la sumió el paganismo o el islamismo, y de que no acaba de emerger totalmente en nuestras sociedades modernas mal empapadas todavía del espíritu del Evangelio.

Hay otro aspecto no menos necesario para reivindicar esa legítima libertad de la mujer, y restablecer en su nivel debido la dignidad femenil. Pero su gravedad es tan grande, que preferimos reservarnos hasta su enunciado, para otra ocasión en que podamos dedicar algunas páginas a los lectores de VOLUNTAD.

P. RUIZ AMADO (S. J.)





CUENTOS SABIDOS, PUESTOS AHORA EN RIMA
Y SACADA LA MORALEJA

Los enemigos



*E MORIA UN GENERAL,
gobernante de alta prez,
que llevó más de una vez
la batuta nacional.*

*Muy varia fué la opinión
que mereció su reinado,
pues —como siempre ha pasado—
hízose juez la pasión.*

*Quién le humilla, quién le exalta;
para algunos fué una fiera,
y para los otros era
el hombre que hacía falta.*

*No sabiendo, entre estos dos
juicios, por cuál decidirse,
optó sin duda por irse
a que le juzgara Dios.*

*Ello es, pues, que se moría
y, como cristiano que era,
con devoción verdadera
a Dios el alma rendía.*

*El cura que a bien morir
le ayudaba fervoroso,
de su salvación ganoso
llególe, en fin, a decir:*

*—Como Cristo llamó amigos
a los que le hicieron mal,
¿verdad que usted, General,
perdona a sus enemigos?...*

*En nombre del cielo vengo
a hacerle tal petición:
¿Les concede usted el perdón? —
—Padre, si yo no los tengo—.*

*Quedóse el cura asombrado
cual la respuesta merece.
—¿Quién de enemigos carece—
dijo — y más si ha gobernado?*

*Por estos o aquellos modos
nadie escapa sin alguno...
¿Que no tiene usted? —Ninguno.
¡Los he fusilado a todos!*

*Tres tengo yo; mas no en vano
los teme mi corazón,
pues son tales que lo son
de todo el género humano.*

*Mas, pues los bato con fe,
dame, Señor, que al morir
yo también pueda decir
que a todos los fusilé.*

ENRIQUE MENENDEZ PELAYO

VNA MONJA Y VN REY I SOR MARIA DE AGREDA



EL 10 DE JULIO DE 1645 LLEGABA a las puertas del Convento de la Concepción de Agreda el Rey Felipe IV que agobiado por mil graves pesadumbres, acudía a aquel retiro en busca de divinos consuelos atraído por la fama de una santa mujer; ésta era Sor María de Jesús, superiora del Monasterio.

De la conferencia entre el soberano y la abadesa, no sabemos sino lo que brevemente nos cuenta Sor María cuando dice cómo aquel día «pasó por este lugar y entró en nuestro Convento el Rey nuestro Señor... dejéme mandado que le escribiese; obedecíle... también supliqué a S. M. que mandase quitar los trajes profanos como incendio de los vicios; ofrecíle las oraciones de la Comunidad y las pobres más; pedile obligáse al Altísimo mejorando y perfeccionando las propias costumbres».

Concisa es la noticia, pero al referirnos el regio deseo de que la monja le escribiera, nos confirma que en aquella ocasión, como dice el P. Samaniego, Felipe IV «quedó positivamente devoto» de la Venerable Sor María (1).

La abadesa que pasaba entonces de los cuarenta años recibió al Rey con el rostro cubierto y en plática sencilla y profunda hablóle a Don Felipe hasta de modificar las *propias costumbres*, consiguiendo con su rectitud de conciencia captar el ánimo del monarca sensual, que conmovido oyó aquel llamamiento: la elocuencia austera que adivinamos en las palabras de la religiosa, fueron como un bálsamo para el alma doliente del soberano que entrara en el Convento hondamente abatido.

El nieto de Felipe II continúa su viaje saliendo de Agreda animado por la esperanza, pero su pasada congoja causa nuestra extrañeza.

¿Por qué el rey Felipe, el rey galante y frívolo sufría tan gran quebranto? ¿Y no le distraían las gratas comedias del Buen Retiro? ¿Acaso su disipación trocábase en arrepentimiento? No. Nada de esto explica el desaliento del monarca, que como él mismo dice, salió de Madrid «sin medios humanos» fiando solo en el favor del Cielo.

Era, que había llegado un tiempo en que la realidad señalaba con tristes hechos, como inapelables sentencias providenciales, los frutos de la inconsciencia del penúltimo de los Austrias, el príncipe bien intencionado pero abúlico, que no supo imponer su noble voluntad.

Al pensar en aquellos años viene a nuestra memoria lo que todos recordamos como algo vivido, aquella época que nos legó en visible remembranza el arte mágico de Diego Velázquez.

Viendo la atildada figura de Felipe IV con sus mostachos petulantes, sus ojos desdeñosos y su prominente mandíbula inferior, encuadrado el rostro en la lengua cabellera rubia, y la blancura del almidonado cuello, llega a nuestro espíritu en maravillosa evocación el siglo XVII, el siglo de nuestra decadencia, de nuestra ruina aún disimulada al amparo del prestigio de las pasadas glorias.

¿Quién no vibra al patriótico recuerdo de los efímeros triunfos alcanzados en Flandes? ¿Quién no se conmueve rememorando las humillaciones sufridas en aquellas edades? Época triste de postreras grandezas y amargas claudicaciones.

La evocación nos habla del matrimonio del rey Felipe con Isabel de Borbón, la bella francesa que tan alegre animación prestara a las fiestas palatinas, cuyo recuerdo se mezcla al de la mis-

teriosa y trágica muerte del Conde de Villamediana ocurrida en la calle Mayor frente al Palacio de Oñate; también vemos al Conde-Duque de Olivares, el soberbio privado que supo aprovechar la adolescencia inconsciente del rey para avasallarle, y gobernar a su antojo, poniendo a servicio de sus grandes miras sus mediocres cualidades (1).

Por último, desfilan por nuestra mente estremeciéndonos el corazón, las memorias de la rendición de Breda, lograda por el genovés insigne Ambrosio de Spínola (1624) que venció

«noble y cristianamente, como España...».

la victoria de Nordlingen ganada por el Cardenal Infante Don Fernando, hermano del monarca (1634), la sublevación de Cataluña azuzada por Francia y fomentada por los desaciertos de Olivares, el levantamiento de Portugal, la rota de Rocroy, primer quebranto de nuestra invicta Infantería (1644) el tratado de Westfalia en que resalta la ingratitud de la rama austriaca imperial abandonando en su decadencia a la española (1648), la paz de los Pirineos sellada con el matrimonio de nuestra Infanta María Teresa con el apuesto y libertino Luis XIV (1659), la desdichada

batalla de Villaviciosa en que perdimos para siempre a Portugal (1665); en fin, la triste visión recuerda la ruina de la Hacienda, la Administración desorganizada, la Justicia sin prestigio... (2).

Solo la literatura y el arte daban gloria a aquellos años, como exótica flor, simbolizando las artes del pincel y la pluma Velázquez y Quevedo, mientras Montañés esculpía sus místicas imágenes realistas. Por rara paradoja, las artes siempre idealistas, eran las únicas que entonces miraban a la realidad.

La guerra estaba encendida contra España, en Flandes, Francia e Italia, y la rebelión en las tierras peninsulares, minaba las energías de un Estado que se derrumbaba; sin embargo, España ocultaba aun sus lacras bajo risueña máscara de dolorosas ostentaciones que costaban a los pueblos terribles sacrificios.

Entretanto, Felipe IV, halagado por su valido con vanas promesas de gloria, esperaba esa prometida grandeza, y confiado absolutamente en Olivares, había ocupado los mejores años de su vida en pasatiempos y liviandades que tanto regocijaron a la gente de teatro, predilecta diversión del soberano, pero cuya consecuencia fué haber inhabilitado el espíritu regio para poner remedio, cuando el mal,

amenazante, secudió duramente la sensibilidad del rey. Tal es el cuadro de nuestro siglo XVII, que llamaríamos el siglo de nuestra ruina vergonzante.

Al llegar el año 1643, un suceso transcendental había agitado al virir descuidado de Felipe IV. La densa atmósfera formada contra el Conde-Duque encontró eco y apoyo en la Reina Isabel, descargando entonces la tempestad sobre el impopular valido que percibe el primer rayo el 17 de Enero de 1643. Aquel día Felipe IV al partir de caza, en un supremo esfuerzo de su voluntad estimulado por asiduos consejeros, escribía al de Olivares «concediéndole el permiso que varias veces le había pedido para retirarse a sus tierras».

Esta resolución inusitada en el carácter del buen rey Felipe, deja rendido su ánimo, y quizás en íntimo e inconfiable coloquio lamentábase desamparado saltándole el absorbente dominio del privado.

La caída del Conde-Duque desconcierta al monarca, porque una voz acusadora señalando a sus pueblos le dice que debe reinar y ni sabe ni puede.

En tal estado de alma emprendió el rey su segundo viaje a



(1) *Mística Ciudad de Dios*. Primera parte, toI. d3, Madrid, MDCCLXX, prólogo del P. Fray Joseph Ximénez Samaniego.

(1) Gabriel Maura Gamazo, *Carlos II y su Corte*. Tomo I, pág. 25. Madrid, 1917.

(2) V. Cánovas del Castillo, *Historia de la decadencia de España de Felipe III hasta Carlos II*, segunda edición. Madrid, 1910.

Aragón al verane de aquel año desasando cooperar con su presencia a extinguir la hoguera que abrasaba a Cataluña, y entonces fué cuando en esa situación espiritual buscó alivio en la palabra de Sor María de Jesús.

Pero ahora hemos de preguntarnos: ¿quién era aquella monja cuyo prestigio llegara a oído del Monarca? ¿Cuál era su vida extraordinaria? ¿Cuáles sus importantes obras?

Su vida y sus obras bien sencillas a los ojos del vulgo no tenían atractivos de notoriedad, pero su nombre salió del monasterio al mundo de los escogidos, en alas de piadosa fama que la señalaba como iluminada con celestes visiones, y privilegiada por Dios con sabiduría y bondad. Sor María era profundamente buena, buena con rectitud y firmeza, segura en el difícil discernimiento del bien y del mal.

Su historia cortísima se dice bien pronto. El 2 de Abril de 1602 nace Sor María en Agreda, y pasados diez y seis años sus padres Don Francisco Coronel y Doña Catalina de Arena, fervientes devotos de la Reina del Cielo, entran en religión, fundando Doña Catalina en su propia casa un monasterio del cual es una monja su piadosa hija María, quien desde la niñez mortificaba su cuerpo con ásperos cilicios, extasiándose su alma en frecuentes meditaciones místicas (1).

No mucho después, al cumplir Sor María veinticinco años de edad, reconocidas sus altas dotes, es electa abadesa muy a su pesar, y para ello se solicita permiso de Roma.

Entonces la Venerable Madre piensa en las necesidades materiales de su Convento, y advirtiendo la estrechez de aquella casa emprende la construcción del actual monasterio, comenzando la obra con solo cien reales que obtuvo prestados; luego encuentra innumerables dificultades pecuniarias hasta que, perseverante, consigue terminar la fábrica en 1633, al cabo de siete años de empezo.

El Obispo de Tarazona asistió al traslado de la Comunidad y con este motivo la abadesa sostuvo por entonces correspondencia con Don Fernando de Borja, Virrey de Aragón, y con otros importantes personajes.

En la nueva residencia Sor María continúa escribiendo sus profundas obras místicas tan ensalzadas por los teólogos después de haberlas discutido largamente, destacándose entre todas *La Mística Ciudad de Dios*, fervorosa historia de la Virgen (2).

La vida religiosa de la Venerable Madre, ejemplar y extensa espiritualmente, no ofrecerle variedad exterior si no nos detuviéramos ante su larga comunicación epistolar con el monarca, que nos revela la superioridad moral e intelectual de Sor María en asuntos de Estado sobre los cuales da atinadísimos consejos a Felipe IV impulsada por elevadas miras, sin procurar ni remotamente mezclarse en cortesanas intrigas que prudentemente rehuye, ni contaminar siquiera sus intenciones de ambición terrenal.

Al leer aquellas importantísimas cartas en que palpita la vida de un pueblo, comprendemos que hablar de Sor María de Agreda es hablar del reinado de Felipe IV, de aquella triste historia con la cual convivió, la cual sintió profundamente la española monja, en cuyo corazón de patriota repercutía con ecos inefables cada suceso venturoso o adverso.

Nadie como ella vivió tan intensamente la historia de su siglo, ni como ella, puso el alma entera implorando el divino favor con la amargura del vidente que contempla un tenebroso porvenir.

La correspondencia cruzada entre el rey y la insigne religiosa, estudiada con tanto acierto por el sutil ingenio de Silvel, brinda como inapreciable tesoro, ideas, conceptos, noticias y doctrinas en variadísima gama; cada carta de Sor María nos ofrece algo interesante, brillando en todas su fe y esperanza en Dios y su amor a España y a la Monarquía (3).

Sabido es, como guisa solo por el instinto aconseja atinadamente al rey en la marcha de las diversas guerras, diciendo en cierta ocasión que «el salir tarde [los ejércitos] es de gran daño porque nunca podemos hacer guerra ofensiva» añadiendo meses después, por desgracia con mucha razón: «siempre me parece han despacio y que salen tarde».

Sor María se contrista hondamente por las desgracias de la Patria, exclamando en Junio de 1645: «la pérdida de Rosas me ha llegado al alma»; en Septiembre dice «me aflige el alma a la vista de tantas tribulaciones como tiene esta Corona» y años más adelante, animada por el mismo sentimiento comunicaba al soberano que «por la recuperación de Portugal se hacen en Comunidad tres veces oración al día».

Mas cuando su patriotismo se muestra exaltado, es en el año 1662, que la pluma de la abadesa vibra de indignación escribiendo a Felipe IV: «Señor mío, de grande dolor y pena ha sido para mí la vileza que han hecho los portugueses de entregar a los ingleses la plaza de Tánger», habiendo consignado en otra ocasión, al comentar el hambre y la peste que azotaba a Cataluña: «los catalanes tendrán su castigo merecido» por dejar a su Rey y señor natural. Y cuando Francia nos atacaba en 1653, Sor María, con el tesón sublime que había de germinar en las

heroínas aragonesas del siglo XIX, dijo, debía resistirse a los franceses «aunque se busque el caudal y se empeñe la Corona, por que no vean cumplidos sus desinios».

Pero a la vez que la abadesa se manifiesta entera para no claudicar en la lucha, ansía ardientemente la paz como única salvación de España, llegando a escribir al rey pide a Dios «nos de una paz universal que la deseo más que la vida, y la diera por conseguirlas». Así, herida en sus anhelos pacifistas, al lamentar ciertos ultrajes inferidos en París a un retrato del cardenal Mezzarino, nuestro implacable enemigo, hace Sor María la salvaded, de que si bien le apena el hecho por el carácter eclesiástico del ministro francés «de lo personal sólo, no me compadezco por que era propio de su oficio procurar y solicitar las paces entre los Príncipes cristianos y delito lo contrario».

Sor María de Jesús, como dice un autor francés, «habla por el pueblo, como el pueblo y, sin decirlo, en nombre del pueblo» (1). En efecto, la monja de Agreda, representa la voz popular cuyo eco resonaba en los oídos de Felipe IV a través de sus cartas sentas y justas.

La democracia tan cristiana de Sor María, se refleja en sus líneas epistolares repetidas veces como cuando escribía a su regio comunicante en 1645: «he de suplicar a V. M. para el año que viene no consienta que la guerra se agra solo con los pobres y sin obligaciones, pues la tienen tan estrecha los demás, poderosos y ricos, de seguir a V. M., acompañarle y defender estos reynos»; respondiéndole así el rey a los cuatro días, «procuraré salga la gente rica y noble, que juzgo por acertado vuestro parecer en esto».

Sin embargo, al año siguiente, la Madre vuelve a quejarse de este modo: «Duéleme mucho de ver a V. M. tan solo para el remedio quando tantos ayudan a la perdición... Las haciendas de los bassallos para estas ocesiones son, y los que pueden an de acer respetivamente lo que hacen los pobres...» añadiendo a continuación este deseo un tanto difícil de ver cumplido «y los Ministros de V. M. an de ser los primeros».

Algún tiempo después no sólo aboga la religiosa por el bien del pueblo, sino que indica un peligro, advirtiendo «se evite la aprensión de los pobres, porque afligidos no se alboroten», habiendo recomendado siempre al soberano «se informe y oya a todos, que oprimidos del trabajo dan muchas voces».

Además, Sor María, traza la norma moral de jueces y Ministros diciendo con clásica elegancia y sobriedad «que ni ruegos les ablanden, ni lágrimas les enternezcan, ni dones les corrompan, ni odio les turbe, ni afición les engañe».

El espíritu fuerte de aquella iluminada mujer, se muestra en todo momento tal cual es, con extraordinaria firmeza de carácter, segura de la rectitud de su conciencia; al hablar de la muerte del revolucionario inglés Cromwel declara «es la única persona cuya muerte he deseado y pedido a Dios, y le alabo por haber oído mi súplica, acortando los días de aquel enemigo de nuestra fe y nuestra Corona»; asimismo manifiesta enérgico concepto respecto al castigo de los culpables, afirmando que «si av justicia abrá nax»; mas tal energía no significa dureza de sentimientos pues Sor María en una de sus cartas, sentencia misericordiosa: «...la caridad, virtud que consiste en amar, no sólo al que lo merece, sino al que lo necesita».

Un empeño de la Venerable monja fué la moralización de las costumbres, como lo expresó al monarca en su primera visita, insistiendo luego sobre «la reformation de los trages y excesos de las mugeres, de que Dios está muy indignado» a lo cual contesta Felipe IV convencido «que como piedra fundamental para todo, los trajes de las mugeres a días desseo reformar; y aun que se han hallado dificultades en el efecto, se vencerán, y de mí parte se hará lo posible». No mucho después el soberano comunicaba a su santa amiga que «ahora, actualmente, se an dado órdenes para reformar los trajes... y para que cesen las comedias... lo que satisface sobremanera a Sor María, pues ve se remedian «los trajes tan profanos...».

También persistió la abadesa en algo relativo al rey directamente, insinuándole después de su segundo matrimonio con Doña Mariana de Austria, su agraciada sobrina, «que toda la atención la tenga la Reyna nuestra señora; sin volver V. M. los ojos a otros obletos peregrinos y extraños».

La abadesa de la Concepción profesaba a Felipe IV la ternura que sienten las almas grandes y generosas hacia los débiles de cuerpo o espíritu, acrecida por su arraigada devoción monárquica; en una de sus últimas cartas llega a decir Sor María trabaja por la salvación del soberano como por la propia, ofreciéndose a Dios para sufrir las penas del Infierno hasta el día del Juicio, si con ello puede obtener el eterno perdón para el alma del rey.

El infeliz monarca, pesimista, perdida toda humana esperanza en el porvenir de sus Estados, sólo parece tomar alientos en las palabras consoladoras de Sor María, a quien escribe el año 1647: «desde que os ví la primera vez, quedé con gran gusto de haverlos conocido, y con esperanza de que vuestra correspondencia me havía de ser de gran provecho para toda», habiéndole escrito antes «siempre me alienta mucho lo que me escribís». En verdad, era tanto el ánimo momentáneo del rey, que en la misma

(1) P. Antón María de Vizenza, *Vida de la venerable serva de Dio Sor María de Agreda, Franciscana*. Bologna, 1870.

(2) De esta obra se han hecho numerosas ediciones y comentarios en diversos idiomas.

(3) Francisco Silvela, *Cartas de Sor María de Agreda, y del Rey Don Felipe IV*. Madrid, 1883-1886, dos tomos.

(1) V. de Chevigny, *Marie d'Agreda et Philippe IV d'après leur correspondance inédite*. Le Correspondant. Temo CXLVI, pág. 486, año 1837.

epístola, refiriéndose a la posibilidad de que Francia pactara con el Turco, tiene Don Felipe un arranque español de los buenos tiempos, «ostentando no secundará la actitud del reino francés «aunque me quede solo la capa en el hombro».

Por desventura esto no era sino una chispa. Bien había dicho la religiosa de Agreda: «Esta monarquía no se aprovechó con la prosperidad antigua» (1).

Felipe IV tenía plena fe en Sor María de Jesús, y siempre que pudo llegó a las puertas de su Convento como peregrino del dolor. Una de estas veces, fué el 5 de Noviembre de 1646, en que refiere la Madre «hablóme de algunas cosas graves y mandóme encomendarle a Dios». También había llevado allí Felipe a su hijo, el malgrado Baltasar Carlos, para que conociera a Sor María, la cual escribía a los pocos días «quedé consolada de haber visto al Príncipe nuestro Señor con tan linda persona y gran talento».

En las penas familiares que abrumaron al desdichado soberano, hallamos a Sor María compartiéndolas y consolándole con elevadas frases; al morir la reina Isabel, escribe al tristísimo rey encareciéndole piense en la vida eterna, pues «toda tribulación que se acaba no es grande» y cuando la muerte arrebató en flor al heredero Baltasar Carlos, el niño hermoso y simpático que pintara Velázquez, la religiosa, dominando su propia pena, quiere aliviar el corazón del afligido padre, asegurándole que el *Angel príncipe ha volado* a «aquella patria celestial donde no hay llanto, clamor, angustia ni dolor».

La religiosa patriota, consejera de Estado, iluminada mística escritora insigne, que tuvo a su merced la voluntad del rey, que pudo escalar la altura de los privados gracias a la regia amistad, no pidió nada, no obtuvo nada, no pretendió honores o riquezas para su monasterio, recibiendo sólo pequeños obsequios del soberano amigo; así, escribe al rey agradeciéndole *un tan lindo reloj*, que dice «me servirá de medir y encaminar las horas de mi vida a frecuentes memorias y servicios de V. M.»; y cuando cierta vez, a instancias de su hermano, religioso como ella, lo recomienda a Felipe IV hace constar a S. M. desea «no le conceda lo que a todas luces no parezca bien» (2).

El humilde y modesto convento de Agreda, habla con elocuencia del desinterés de aquella amistad, modelo de puros sentimientos. Bien sabemos, como la abadesa, que con una palabra pudo haber alhajado suntuosamente su convento, escribe en una ocasión a Don Francisco de Borja rogándole que si la duquesa de Maqueda ha dejado a su muerte alguna alfombra disponible, se la mande para el altar a cambio de misas o sufragios.

La monja que no solicitara jamás bienes temporales, puso todo su ahínco en hacer, reiterada y constante, una sola petición a su egregio amigo; que influyese ante el Pontífice para lograr la de-

claración dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen.

Este deseo fué la aspiración suprema de María de Jesús, que alentó su vida entera abrasada por el místico anhelo.

Cinco años antes de morir la Venerable Madre manifestaba a Felipe IV había deseado ardientemente y suplicado a Dios tres cosas: «la primera, que esta Corona tomase por patrona y protectora a la Reina del Cielo; la segunda, que se ajustasen las paces entre Francia y España; la tercera, que se definiera por artículo de fe, la Purísima Concepción».

Mas la piadosa ambición de la Abadesa de Agreda, no se vería cumplida hasta el siglo XIX (1).

La figura austera de Sor María de Agreda, se destaca vigorosamente de su siglo, pudiendo afirmarse fué aquella mujer el único *hombre de Estado* de su tiempo. Su fama se extendió al extranjero, y desde Francia el duque de Gramont solicitó su correspondencia. También los ambiciosos buscaron en vano el influjo de su amistad con el rey, sin contar que la Abadesa abominaba de privados. El duque de Híjar adujo en su espinoso proceso de conjuración cartas de la Madre, quien se dolió hondamente de verse nombrada en aquel pleito. La Inquisición llamóla ante su severo tribunal, mereciendo la religiosa de Agreda la aprobación de sus doctrinas, tras minucioso interrogatorio en que puso de manifiesto la pureza de sus ideas, la solidez de sus conocimientos y la rectitud de su criterio.

La monja franciscana que durante los veintidós años de asidua correspondencia con Felipe IV no cesó de alentarle, rogando siempre «dilatara el ánimo», va retratando su alma en aquellas cartas, siendo la pluma en manos de María de Jesús fiel trasmisora de sus diáfanos pensamientos; cada línea suya, es una enseñanza, una máxima o un ejemplo.

Leyendo aquel epistolario, invade el espíritu un desaliento, una tristeza, una melancolía tan grandes, que sentimos en nuestro pecho toda la angustia que atormentó al pobre rey y a la esforzada monja que vencía su recóndito pesar para dar bríos al príncipe agotado. Es esta correspondencia la triste historia de la agonía de la patria grandiosa, llorada con amargo dolor por dos seres amantes de ella y conscientes de su ruina.

Sólo flota, como algo consolador a través de esas cartas, la voluntad y la fe de Sor María que jamás se abandona a la desesperanza, sustrayéndose fuerte al irremediable pesimismo del rey.

El 24 de Mayo de 1665 moría Sor María de Jesús de Agreda, y a los cuatro meses, su leal amigo, el rey de las Españas, la seguía, como si al faltarle los consuelos de su bondadosa y sabia consejera, le hubieran faltado las fuerzas para soportar las desventuras de la Corona que pesaba en sus sienes.

MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS

(1) Joaquín Sánchez de Toca. *Felipe IV y Sor María de Agreda. Estudio crítico*. Madrid, 1887.

(2) El P. Martín, de Barcelona, publica una carta de Sor María con postdata inédita sobre la misma recomendación. *Sor María de Jesús de Agreda. Estudios Franciscanos*. Tomo XXIII, pág. 49 Julio 1919. Barcelona.

(1) Manuel Serrano y Ortega. *Glorias Sevillanas: Noticia histórica de la devoción y Culto que la M. N. y M. L. ciudad de Sevilla ha profesado a la Inmaculada Concepción de la Virgen María*, etc. Sevilla, 1895.





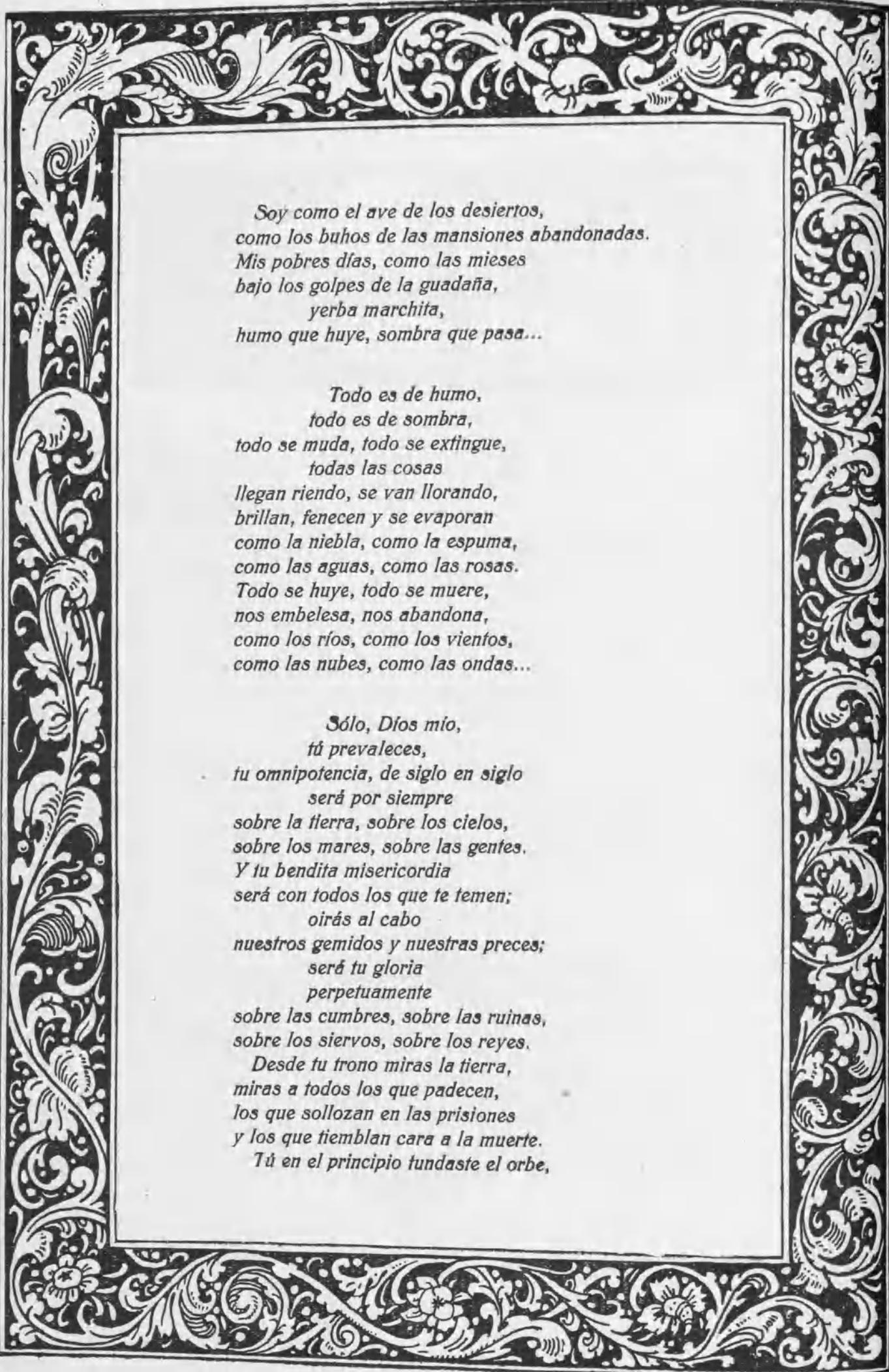
SALMO

Por RICARDO LEÓN.

Domine, exaudi

*Hora es de angustias
y de querellas.
Oye, Dios mío, mis oraciones,
oye mis penas.
Todo es silencio,
todo es tristeza;
no se me esconda tu dulce rostro,
que yo te escuche, que yo te vea;
mi noche aclara, mi llanto enjuga,
mi pecho alivia, mi voz serena;
no me desprecies cuando te invoco,
no me abandones en las finieblas.
Hora es de angustias,
hora es de penas...*

*Porque mis días se han consumido
como las rosas, como las brasas,
y están mis huesos hechos tizones;
la piel encima tengo pegada;
juntan sus huestes mis enemigos,
ellos me atentan, tú no me amparas;
el pan que como sabe a ceniza
y el vino a lágrimas,
mis manos tiemblan, mi boca gime,
mis ojos lloran, mi pecho sangra.*



*Soy como el ave de los desiertos,
como los buhos de las mansiones abandonadas.
Mis pobres días, como las mieses
bajo los golpes de la guadaña,
yerba marchita,
humo que huye, sombra que pasa...*

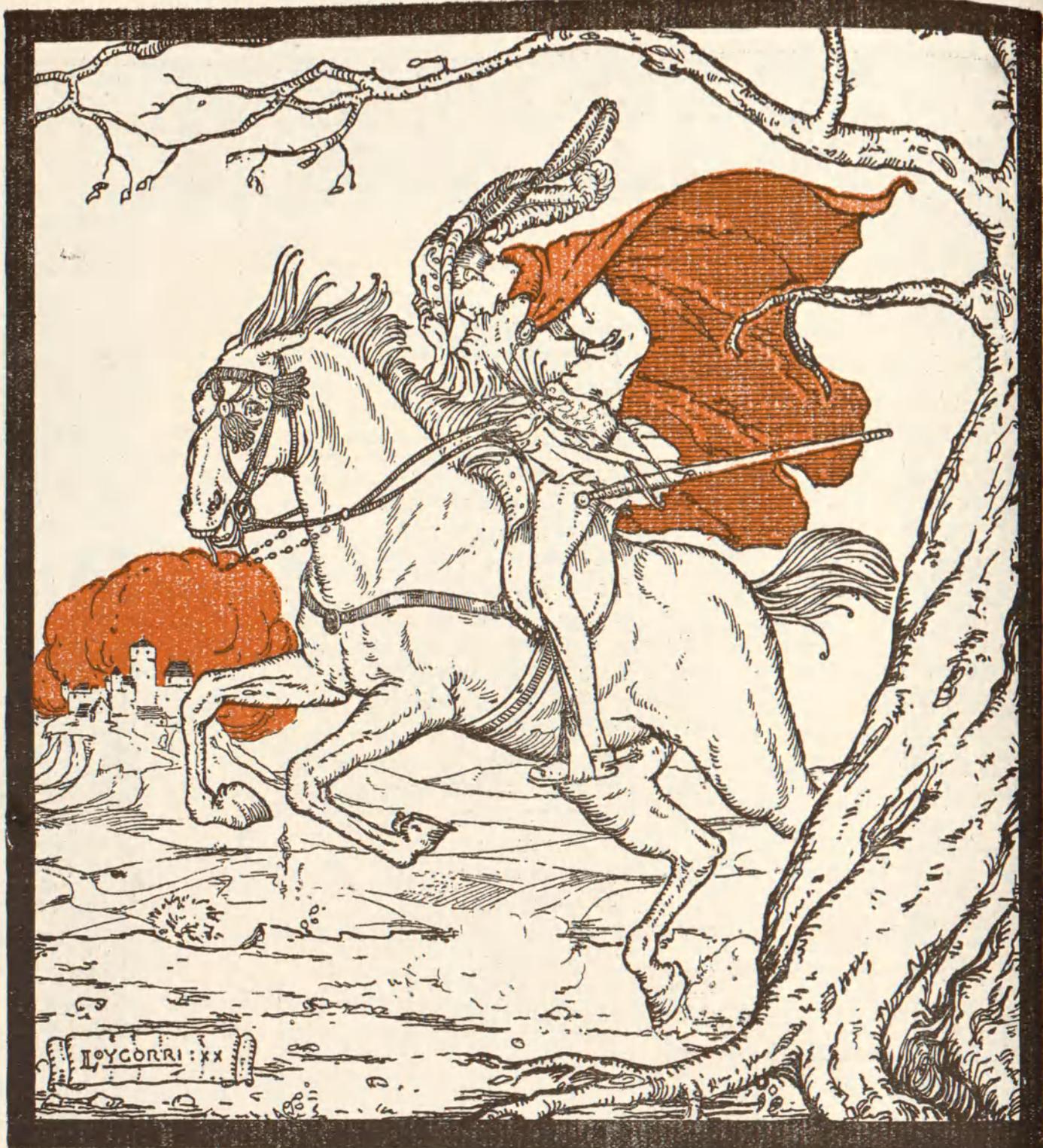
*Todo es de humo,
todo es de sombra,
todo se muda, todo se extingue,
todas las cosas
llegan riendo, se van llorando,
brillan, fenecen y se evaporan
como la niebla, como la espuma,
como las aguas, como las rosas.
Todo se huye, todo se muere,
nos embelesa, nos abandona,
como los ríos, como los vientos,
como las nubes, como las ondas...*

*Sólo, Dios mío,
tú prevaleces,
tu omnipotencia, de siglo en siglo
será por siempre
sobre la tierra, sobre los cielos,
sobre los mares, sobre las gentes.
Y tu bendita misericordia
será con todos los que te temen;
oirás al cabo
nuestros gemidos y nuestras preces;
será tu gloria
perpetuamente
sobre las cumbres, sobre las ruinas,
sobre los siervos, sobre los reyes.
Desde tu trono miras la tierra,
miras a todos los que padecen,
los que sollozan en las prisiones
y los que tiemblan cara a la muerte.
Tú en el principio fundaste el orbe,*

*cielos y estrellas, mundos y seres;
ellos se acaban,
tú permaneces;
todo se huye,
todo envejece,
mas tú lo mudas y lo renuevas
como los hombres mudan su veste.
Todo se huye,
todo se muere;
tú eres el mismo
que has sido siempre.*

*Cuando los pueblos para servirte
juntan sus aras y se congregan;
cuando los hijos de nuestros hijos
por otros soles sus días cuentan,
serán sus días
cristal de roca, bronce perenne,
mármol su carne,
oro sus trentes;
siglos sus años,
y su simiente
será arraigada sobre la tierra,
junto a su sede,
sobre los años, sobre los siglos,
sobre la vida, sobre la muerte...*





EL REINO DE LA VOLUNTAD

EL ACE YA MUCHÍSIMOS AÑOS, cuando las leyendas y los milagros se hacían flor en los caminos, existió en un remoto país un bello príncipe. Era un príncipe gallardo y soñador que gustaba de los versos, de la música y de las flores. Por las blancas terrazas de su palacio solía pasear muchas noches contemplando extasiado al arco

del cielo y el fulgor de plata de las estrellas. Los capitanes, los artistas, los filósofos y hasta los bufones adoraban al príncipe, porque siempre hubieron de él gratas palabras y para todos tenía siempre pronta la ternura de su corazón.

Al pasar en sus carrozas magníficas, de oro y marfil, t i

radas por blancos caballos empenachados, el pueblo le aclamaba y las mujeres le dirigían sus más dulces sonrisas y decían:

—¡Qué lindo y galán es el príncipe!

Diestro en el manejo del arco, disparaba las flechas con extraordinario acierto y en los combates era el terror de los enemigos y el aliento de sus tropas. Su ímpetu en la pelea, su arrojo y denuedo, decidían la victoria y sus banderas desplegadas recorrían, como azores, el cerco del mundo.

—¡Qué invicto y valiente es el príncipe! —decían sus oficiales.

Jamás un mendigo imploró en vano. El príncipe tenía una bondad sin límites y atendía solícitamente cuantas peticiones le hacían. Todos los días, al salir y al ponerse el sol, los servidores del príncipe repartían viandas a los pordioseros que acudían a las puertas del palacio.

—¡Qué bueno y caritativo es el príncipe! —decían los mendigos.

El rey adoraba a su hijo y presidía su educación para que al continuarle en el trono fuera un monarca ejemplar que diera largos días de gloria al reino. Y ya la fama del príncipe era mucha y se ensanchaba por todos los países y de todos llegaban continuamente embajadores para ofrecerle ricos presentes. Le traían pintadas telas del país de los etíopes, tapices azules de Sidón, ánforas de plata llenas de olorosas frutas, gemas resplandecientes, empuñaduras de espadas incrustadas de piedras preciosas, brazaletes, diademas, collares de salesita, pequeños elefantes de marfil, copas llenas de fiorecillas del clavelero y espeso aceite de rosas y deliciosos perfumes de las islas del Océano Índico...

Y un día que el príncipe estaba acodado en la balaustrada de mármol de una terraza que daba a un patio, rodeado de arcos de piedra en cuyos pilares estaban esculpidas las armas reales, vió venir a cuatro trompeteros montados a caballo y seguidos de una muchedumbre ávida. Eran cuatro trompeteros cuyas largas trompetas doradas fulguraban al sol como si fueran de fuego. Los caballos eran negros y tenían gualdrapas azules terminadas en flecos de plata.

El príncipe llamó a su bufón —un viejo bufón con dos jorobas grotescas que vestía un traje de colorines con cascabeles dorados y tenía la boca rasgada de tanto reír— y le preguntó quiénes eran aquellos trompeteros y por qué les seguía la multitud.

El bufón le dijo:

—Son unos pregoneros reales que vienen de muy lejos, de un país remoto, anunciando que el rey de aquellas comarcas dará cuantiosas riquezas al caballero que logre libertar a su hija, que está encantada.

Entonces el príncipe hizo llamar a los trompeteros y les pidió detalles del encanto de la princesa.

Uno de ellos dijo:

—Señor, somos súbditos del rey de las Islas de Acero y vamos recorriendo el mundo para ver si hallamos un caballero que tenga alientos para dar cima a una arriesgada empresa.

Y otro dijo:

—Nuestra princesa, Blanca Estrella, está encantada en la gruta de un terrible dragón verde de siete cabezas, cada una de las cuales tiene siete lenguas de fuego.

Y otro de los trompeteros agregó:

—El dragón la robó una noche de plenilunio cuando Blanca Estrella estaba bañándose en una fontana esmeralda.

Y el otro dijo:

—Muchos príncipes y bravos capitanes y nobles caballeros fueron a libertarla; pero a todos los hechizó el dragón y los convirtió en estatuas de mármol negro.

Entonces el príncipe sintió florecer en su alma el ímpetu heroico, que se le hacía llama en las batallas, y les dijo que iría con ellos para rescatar a la princesa del poder del dragón.

Gran duelo hubo en el reino; pero fueron vanos cuantos ruegos se hicieron al príncipe. Su propósito era firme y se mantuvo decidido. Entonces se dispusieron las naves reales, se le dió una escolta de cien caballeros escogidos entre la flor de la corte y se prepararon armas y escudos.

A los pocos días el príncipe embarcó y la flota se hizo a la vela con rumbo a las Islas de Acero.

El príncipe entró en el reino de las Islas de Acero y todo el pueblo salió a recibirle con ansiedad. Estaba toda la ciudad enlutada y las mujeres iban cubiertas con velos tupidos. En el palacio se hallaba el rey sentado en su trono de oro y a sus lados estaban los cortesanos y detrás los pajes y los halconeros. Hizo sentar al príncipe a su diestra y le ofreció exquisitos pastelillos de maíz cocidos en miel y de harina rellenos de dátiles. Después le preguntó si estaba decidido a probar la peligrosa aventura y le prometió darle su hija en matrimonio si lograba desencantarla.

Toda la corte del rey de las Islas de Acero se sintió vivamente impresionada por la gallardía y belleza del príncipe y todos sintieron un hondo temor por su suerte. Caballeros maduros y de hercúleos brazos quedaron convertidos en estatuas de mármol negro. ¿Cómo, pues, aquella delicada criatura podría pelear con el temible dragón?

Y antes de que marchara, el rey llamó a los sabios de su reino y les ordenó que leyeran el destino del joven príncipe. Ante las gradas del trono se presentaron los sabios, con largos mantos negros y altos cucuruchos recamados de estrellas y desenrollaron largas tiras de papiro en las que estaba escrito, con ratos signos, el destino de todos los hombres. Después de mucho buscar hallaron el del príncipe y lo leyeron en alta voz.

Decía así:

«Su vida será toda luz, como de radiante aurora. No habrá empresa, por arriesgada que sea, de la cual no salga triunfante. Será invicto, como elegido de los dioses, que le darán todos los atributos del héroe».

Gran regocijo causó la lectura del destino y, sin esperar a más, el príncipe partió montado a caballo y empuñando su arco, hacia la gruta del dragón verde de las siete cabezas y las cuarenta y nueve lenguas de fuego.

Apenas hacía dos días que el príncipe había partido cuando en la corte del rey de las Islas de Acero se produjo un general estremecimiento de horror y todo el reino se puso en conmoción. El caso no era para menos. Los sabios se habían equivocado; confundieron el destino del príncipe con otro de los innumerables augurios que dormían en el rollo de papiro y ahora resultaba que el verdadero destino del príncipe era todo lo contrario de lo dicho.

Inmediatamente el rey mandó emisarios veloces para que diegan alcance al príncipe y le detuvieran en el camino, antes de llegar al antro del terrible dragón. Pero por más que corrieron ninguno pudo darle alcance y todos regresaron cabizbajos y con muestras de profundo pesar.

Largo tiempo había pasado y ya todos lloraban al príncipe como a cosa muerta —que es la que más se llora, porque mejor se comprende su valor—, cuando una mañana, azul y luminosa, los centinelas de la muralla que rodeaba la ciudad vieron alzarse una nube de polvo en el confin de la llanura y al acercarse quedaron sorprendidos al ver que era el príncipe que traía a la grupa de su caballo a Blanca Estrella y venía seguido de numerosos jinetes.

Toda la corte salió a recibirlos y el pueblo aclamó a los príncipes y en su honor arrojaron palomas y agitaron en el aire ramas de olivo. Las negras colgaduras fueron arrancadas de toda la ciudad y se enarbolaron flameantes banderas en las torres de las almenas y se encendieron hogueras en las cimas de las montañas.

Todos estaban perplejos ante el regreso triunfante del príncipe y de aquellos caballeros que con él habían llegado, los cuales eran las negras estatuas de mármol que también habían sido desencantadas. Y los sabios le preguntaron cómo había vencido, a pesar de que el destino pronosticaba todo lo contrario.

Y el príncipe dijo:

—El dragón está muerto... Sus siete cabezas las corté con mi espada y siete de los caballeros desencantados las traen clavadas en las picas... Yo vencí al dragón, aunque mi destino digan los signos del papiro que será adverso, porque yo fui con voluntad, que es la espada que todo lo vence, la flecha que salva todos los precipicios. Amad con voluntad, y trabajad y hasta sufrid con ella, y el triunfo florecerá como un bello y fragante rosal.

Los trompeteros volvieron a marchar por los caminos del mundo; pero ahora su pregón no era triste como un lamento, sino nuncio de buena nueva.

Blanca Estrella y el príncipe se desposaron con gran pompa y juntaron sus tronos y sus coronas en un sólo reino que se llamó El Reino de la Voluntad.

José CASTELLÓN



PERIODO DE LA RECONQUISTA (SIGLOS XIII AL XV)



LANCIADA LA RECONQUISTA de nuestra patria en los riscos de Covadonga, las cumbres del Auseva y el estrecho valle de Cangas, legiones numerosas de cristianos luchando incesantemente con menosprecio de sus vidas, lograron arrancar a los musulmanes muchas de las ciudades y villas que por sorpresa poseían, siendo en gran parte restituidos los pobres mozárabes a sus primitivas leyes y fueros.

Acostumbrados durante el tiempo de su cautiverio a estar no solo en contacto con las adelantadas industrias de los árabes sino colaborando en ellas con su trabajo manual, cuando ya se suavizaron las bárbaras leyes a que estaban sometidos, por el deseo de comunicar a los suyos cuanto poseían para mejorar sus artes suntuarias y sus oficios, al encontrarse libres, influyeron sin darse cuenta de ello, a crear un ambiente social más culto, que siguieron con entusiasmo aquellos hombres audaces e impulsivos, solo acostumbrados hasta entonces a las penalidades de la guerra.

Estas influencias y las de los guerreros que volvieron de Tierra Santa, se observaron de modo claro y preciso en las telas que visten las figuras de las ingenuas miniaturas de los escasos Códices españoles de los siglos x, xi y xii: en los relieves y capiteles historiados, rudamente esculpidos por los mazones o canteros, y sobre todo en la contemplación de las estatuas coloreadas del célebre Pórtico de la Gloria, en la Catedral de Santiago de Galicia.

A ese resurgimiento se deben en los largos períodos de paz, después de las grandes conquistas, los bellos trajes de los niños, semejantes en riqueza a los de sus progenitores que completaban con lindos casquetes fruncidos y adornados de aljofar para cubrir sus rizadas melenas divididas en dos porciones iguales.

Las niñas vestían más modestamente con túnicas largas sin adorno alguno y aún cuando los tejidos eran todos de combinaciones diversas un tanto acentuadas de color, para sus trajes y tocados escogían sus madres las más sencillas y de coloraciones claras.

Los zapatos, voz empleada ya en el fuero de Burgos de 1024 para designar, como zapateros a los que se dedicaban a hacerlos, eran de punta un poco aguzada y de tela

o cordobán de varios colores, adornados por delante con tiras de pequeños circulitos bordados en seda.

Vestían túnicas de las preciadas telas llamadas *ciclato-nes*, *osteriz*, *almejí* y *tiraz*, tan famosas entonces, tejidas formando círculos concéntricos, triángulos, y otras combinaciones vistosísimas de coloraciones muy vivas, siendo de tonalidades muy claras, las de las jovencitas que en todas las antiguas ordenanzas denominaban *absconsas*, (escondidas) por el recato con que sus madres las educaban, y también *doncellas en cabello*, porque los llevaban siempre tendido por la espalda, adornándose tan sólo con cintas o pequeñas coronas de florecillas del campo.

Lo poco duradero de este fragante tocado, indujo a las doncellas nobles a trocarlo por aros de oro, en los que nuestros orífices cincelaban rosas que a veces esmaltaban primorosamente, dando origen a las coronas heráldicas que después surmontaron su blasón (1) destruyendo rápidamente la poética tradición que en la primavera igualaba el sencillo tocado de las herederas de los poderosos señores, con el de las hijas de sus humildes vasallos.

A últimos del siglo xiii y en todo el xiv, las flores eran el tocado usual de las niñas y más aún de las nobles doncellas de Castilla, según nos lo muestra la interesante miniatura del folio CCXV del Códice «Breviario de Amor» (2) y en dos de las ménsulas coloreadas de la Capilla de Santa Catalina en la Catedral de Burgos. (3).

Para asistir al templo, se cubrían con la «impla» que cita el clérigo poeta Gonzalo de Berceo, en los «Milagros de Nuestra Señora».

«Tenía en la cabeza corona muy onrada,
de suso una impla blanca e muy delgada».

Este velo de fina tela era el que desde el siglo xii denominaban *Dominical* en las sinodales, por ordenarse en ellas, no dejarán de llevarlo para ir los domingos a la Iglesia, debiendo tenerlo cogido por los extremos con las manos un poco separadas, al tener el inefable goce de recibir la Santa Eucaristía.

En una miniatura del Códice mandado ejecutar por Don Alfonso X, el Sabio, que trata de «Los Juegos de las ta-

(1) El marqués de Avilés en su «Ciencia heroica del Blasón» tomo II tratado 1.º, p. 95 y 101 (Madrid, 1780), expone de acuerdo con otros antiguos autores, que el timbre en los escudos de las doncellas nobles, es una corona de rosas blancas, y que este ha de ser en *Losarje* con sus armas en la mitad del lado izquierdo, dejando vacío y en oro la del derecho, en donde luego han de poner «les del marido que espera».

(2) Bib. San Lorenzo Escorial (J. S. 3).
(3) Esta Capilla fué mandada construir para sala Capitular por el Obispo D. Gonzalo, según documento fechado en 15 de Septiembre de 1510. (V. 41. pta. 1. f. 417).

blas», y en su folio XXXIII, están dos Ancelas (siervas), vestidas con anchos sayales, y tocadas, la una con *facias* y la otra con una *almexia* de tela ordinaria muy usada por las mujeres del pueblo, cuidando de dos niñas nobles, sentadas a usanza



El Príncipe Don Juan

Tabla de un autor anónimo.—MUSEO DEL PRADO

moruna, sobre el tapiz que cubre el suelo, costumbre que aún perdura en muchos pueblos de España. Visten ambas amplios briaies orfresados, de paño de grana y de cendal verde, de mangas anchas, por las que se descubren las muy estrechas de la cota. Cuando eran muy pequeñas, los briaies forrados de esta preciada tela de seda, los hacían más cortos que la cota interior, para que no las molestase en sus juegos; abrigándolas con sobre-cotas sin mangas, con forros de pieles.

Al verlas reproducidas seguramente pensaréis en como vivían en la soledad de sus castillos roqueros, aquellas niñas acostumbradas desde su más tierna infancia al amoroso cuidado de sus madres, y

a la respetuosa ternura con que entretenían sus ocios los servidores, con cuentos maravillosos y parlerías de mujeres de inteligencia sencilla, y os las figuraréis en aquellas enormes estancias un poco aburridillas rodeadas de sus *ancelas*, que a veces interrumpían su labor en la rueca para que ellas por juego la continuasen por un breve espacio,



De una miniatura del códice mandado ejecutar por Don Alfonso X el Sabio, que trata de los «Juegos de Tablas»

aguardando resignadas el momento en que una de las más antiguas servidoras que hábilmente ayudaba a su señora a hacer preciosos tejidos en el antiguo telar, la adiestrase en manejar la lanzadera para el entretrejeo de la trama, bajando y levantando simultáneamente todos los hilos alternos de la urdimbre, facilitando así una abertura por donde se corriese de un solo golpe esta trama, pesado entretenimiento y de escasos atractivos para la viveza de los pocos años (1). En cambio sus bellos ojos brillaban de alegría, cuando acertaban a bordar con sedas multicolores y oro de Chipre, un precioso motivo decorativo sobre donosas telas de terciopelo, brocateles y brocados, siguiendo con el mayor interés y atención la labor más complicada, del cosido de figuras y flores, primeramente bordadas aparte, embutiéndolas con habilidad en la tela, y contorneándolas después cuidadosamente con hilillo dorado; o bien de modo oriental, rellenando estas flores aureas lentejuelas moriscas, al estilo de aquella admirable casulla regalada

a la Iglesia mayor de Granada, por los Reyes Católicos.

En este mismo siglo XIII, además de las sayuelas con aberturas en los costados, lazadas con cintas del color de estos, llevaban los niños y también los hombres unos gorritos blancos de tela transparente atados debajo de la barba, iguales en su forma a los que aún se pone a los recién nacidos, y que les servían para sujetar sus cabellos y el copete rizado sobre la frente; moda esta tan extendida por Castilla, que en los Códices de la época, son pocas las figuras que no estén representadas de ese modo.

Las buenas dueñas castellanas, vistieron a sus hijos al comenzar la XIV Centuria, con la aljuba, abotonada hasta más abajo de la cintura, abierta por los costados y de mangas algo estrechas, que por la forma y la etimología de su nombre, parece ser la «Juba» de los árabes, y cumpliendo el «Ordenamiento de vistuarios» del Rey D. Alfonso XI (1) evitaron el que fuesen de seda «ni tuviesen orofrés ni trenas ni aljófar y mucho menos que fuesen de *escarlata vermeja*», privilegio que se reservaba entre otros muchos el Monarca, que por temperamento y por afición gustaba de vestir lujosamente.

Los abrigaban en los días fríos de invierno, con el *Tarbardo Castellano*; este era de paño tinto con su *capirote*, y tenía maneras abiertas por los costados, y *mangas babas*, cortas hasta el codo, que a veces utilizaban, y otras las dejaban colgantes, siendo permitido forrarlas de Tafe (tafetán) o de perras (pieles).

Jamás pusieron a los niños el Manto Caballeresco, «grande y luengo, que non lo había de traer otro ome de esta guisa sinon ellos» según lo describe en sus Partidas el Rey Sabio (2); estándoles este reservado para cuando llegasen a la edad de ser armados Caballeros y fuesen a la guerra contra los infieles, «en muy buen caballo e muy bien armado de todas armas», llevando en la lanza «un pendón nuevo estrecho e muy luengo, que descendía fasta la cerviz del caballo; ca a tales los traían a esa sazón los caballeros noveles» (3) siendo éste blanco o de un solo color, sin sobreseñal alguna en su cubrearmas, y en la cobertura de sus corceles, hasta que por su arrojó en la pelea gasasen el blasón cuyos colores habrían de ser en adelante los suyos y los de su Pendón de guerra, ya entonces pequeño y cortado en ángulo, o mayor y de la misma forma, si al Monarca placía convertirlo, por su mandato en caballero de bandera (4).



Del códice «Castigos e documentos que dió a su hijo el rey Don Sancho»

(1) Uno de estos interesantes telares, está reproducido por Pinturichio en su cuadro de «La National Gallery de Londres, que representa a Penélope».

(2) Expedido en la Ciudad de Burgos, a seis días de Mayo, en el año de Mill et y trescientos et treinta e ocho años.

(3) Partida XIV, Título XXI.

(4) Códice de «La Gran Conquista de Ultramar», Lib. I, Cap. L. C.

(5) Eran estas banderas de colores muy vivos, repetidos en los pendoncillos de las lanzas, y pintado en ellas las empresas más importantes de su blasón.

Tampoco los consentían armas, ni otra cosa en la preciosa cinta colocada un poco hacia el lado derecho, que la *Bulga*, *Escarcela* o *Limosnera*, primorosamente bordada por sus madres, primero en forma de saco plegado con cordones y cerrado con dos primorosos botones de filigrana, y luego con cierres de oro, plata o hierro, y pendientes de cordones con borlas de seda que les servía para llevar siempre en ellas una milagrosa reliquia, algunas monedas para repartir a los pobres, y el Libro de Horas de sus rezos, cuando al Templo se encaminaban.

Si alguna vez después de ejercitarse en la esgrima, gustaban de alardear de hombres, ciñéndose la espada de ancha hoja con cuatro mesas acanaladas, aristas centrales en toda su longitud y guarnición de cruz de hierro con arriaz arqueado, del viejo escudero que le servía de compañía, era sólo en las vetustas estancias donde recibía las lecciones de sus maestros, preparándolos para las viriles enseñanzas del manejo de las armas de combate, de las que desde su más tierna infancia eran apasionados, primero por los relatos de heroicas y fantásticas hazañas, contadas ante la gran chimenea de la Cámara, por sus cobijeras, y después, cuando ya los llevaban a presenciar las Justas y Torneos, entusiasmados por aquel bizarro alarde de esplendoroso conjunto que ante sus asombrados ojos se presentaba.

El calzado era de cordobán, y pocas veces de los dorados prohibidos en diversas Pragmáticas, usando también para la equitación unas «botas coloradas hasta la rodilla» de las que se conocen curiosos detalles, por las que el Rey Carlos III de Navarra mandó hacer para él en 1401, y para sus donceles en 1408, según consta en la Cámara de Comtos (cajas 77 y 84, nos 50 y 1).

Entre las varias miniaturas interesantes de niños de los siglos que hemos descrito, escojo la del Códice: «Castigos e documentos que dió a su hijo el Rey D. Sancho (Manuscritos 3.995, B. N.), en la que el Infante está arrodillado delante de su padre, vestido de corta sayula de mangas de alforja, alforrada de pieles, con calzas escarlata y botas de cordobán; su peinado es el llamado a últimos del siglo XIV y primeros del XV, a la mercadera.

De estos trajes un tanto ridículos a causa de la rotunda nota de españolismo que en la indumentaria impusieron los Reyes Católicos, reglamentando el exagerado lujo de los trajes con que vestían a sus pajes los nobles señores por orgullosa emulación, descritos en las Crónicas de fiestas de casamientos y de los consistorios del «Gay saber o Gaya ciencia».

Con las más ricas sedas, brocados y ropas de florentin verde, con lindos collares iban vestidos los pajes de doce a trece años, en las bodas del Condestable D. Miguel Lucas, en el reinado de Enrique IV, siendo esto del traje de los pajes materia extensa que por estar sujeta a fantasías y caprichos de sus dueños, nos separaría de esta descripción ya demasiado extensa del traje de los niños.

Las *Ropas de Estado*, que en las más grandes solemnidades, era el severo y señorial atavío del Rey y de los nobles, lo fué también de aquel malogrado Príncipe D. Juan, al que su amorosa madre la Reina Católica llamaba «su ángel» y en cuya educación, para hacerla más cabal y perfecta, empleó todos los recursos de su gran talento.

En una tabla de autor anónimo hasta ahora, de nuestro Museo del Prado, en la que figura este Príncipe de unos trece años de edad, su hermana la Infanta Doña Juana y sus padres los Reyes Católicos, arrodillados ante un reclinador en oración a la Santísima Virgen María y su Divino Hijo, dan mayor realce a su interesante figura, estas lujosas ropas de Estado, largas y rozagantes, de armónicas proporciones y de áureos reflejos y tonalidades, por la gama de las sedas mezcladas con hilillo dorado en los clásicos y bellos motivos decorativos de los brocados y paños de oro tirado que constituían la mayor ostentación de aquella Corte, en la que la más grande de nuestras Reinas supo encauzar y corregir el inmoderado lujo de reinados anteriores, con su llaneza y sencillez en el vestir, y su entereza en hacer cumplir las trece Pragmáticas que desde 1494 a 1502 hizo publicar, ordenando y reglamentando los trajes de sus súbditos, atendiendo las quejas que consideraba

justas, y dando privilegios para que pudiesen conservar sus tradicionales trajes en algunas regiones de España.

Las niñas volvieron a usar ropas «rozagantes» de hechura y traza bien española desdeñando las prendas bastadas, un tanto exageradas de la primera mitad del siglo XV, solamente en su peinado y en el de las doncellas, según puede verse en la figura de la Infanta Doña Juana en la tabla del Museo del Prado, antes citada, se generalizó la moda de origen napolitano del *crenchador* o sea una larga funda de seda que envolvía la trenza y que sujetaban con cintas de tejido de oro o plata, siendo algunas de estas, con leyendas bordadas con seda negra, separadas con pequeñas crucecitas, terminando por una borla.

A veces el orgullo maternal hacía que estas fundas fuesen en su parte inferior rellenas, para hacer creer que las crenchas que sus hijas eran más largas de lo regular.

De origen italiano fueron también las preciosas mangas de los tejidos más suntuosos, con lujosas cintas que lazaban cerca del hombro, del codo y de la mano, sobre la camisa primorosamente bordada, abullonándola de modo encantador y sencillo.

Estas mangas originarias de Venecia fueron usadas, preferentemente, por los niños, las doncellas y los donceles.

Os he hablado del traje de los Príncipes y de los descendientes de los nobles, y algo debo decir del de los hijos de los menestrales y de los «obreros para arar o cabar o hacer otras labores», como los denominaba en sus Ordenamientos D. Pedro I de Castilla, de los pobrecitos niños que por espacio de siglos vistieron sayos de color pardo, abrigándose con pieles de cordero o de macho cabrío y la cabeza con casquetes de pieles más finas o de paño, que les tapaba el cuello y las orejas; estos largos sayos solían tener capucha siempre de telas oscuras.

Más pintorescos fueron los trajes de estas sencillas gentes durante el reinado de los Reyes Católicos, puesto que vestían sayos azules, verdes y rojos, y en verano sombreros de palma adornados de cintas de colores y sobre sus piernas desnudas y el tosco calzado, polainas abotonadas.

En los días de Navidad y entre las nieves de los campos se cubrían con capas de dos pieles de cordero unidas para darles mayor tamaño, o llevaban pequeños sayos de esta misma piel, cubriéndose los hombros y la cabeza con capirones de paño burdo o rojo, del que hacían también los jubones interiores, siendo su calzado de suelas de madera y poniéndose sobre las calzas de tejido de lana fuertes polainas de paño pardo abotonadas cerca de la rodilla.

Los trajes de los días de fiesta de las niñas en los siglos XIV y XV eran parecidos en su forma a las garnachas y de colores vivos, dejando ver por el escotado y corto jubón, las mangas y la collarada de la camisa muy plegada, randaba y bordada con hilo rojo y negro, adornándolas alguna vez, con una *pancha* de metal dorado en la que toscamente grabada aparecía la figura de la Virgen o del Santo Patrón del pueblo.

En invierno se ponían zamarrones de pelleja delgada y se cubrían con tocas amarillas o listadas bien ceñidas a la frente, calzando en vez de las abarcas zapatas «hasta las rodillas» para librarse del frío y de las lluvias.

Aquí término esta narración que hubiera querido tuviese para vosotros el sutil encanto de los decires y cantigas de los poetas anteriores al siglo XV con sus ingenuidades y su tierno aroma medioeval, para ofrendaros con ellos y dejar en vuestro pensamiento algo que recordárais con gentil agrado si así lograra fuese, yo os prometería hacerlos conocer también los ceremoniosos y molestos trajes que hacían vestir desde su más tierna infancia a los hijos de los Reyes, de los grandes y de los nobles de la Corte, en los dos siglos de la dinastía austríaca; los presuntuosos y aquilardados del siglo XVIII y los más cercanos del pasado siglo, recatados y sencillos en las niñas de la época clásica, casi bucólica, de los *lechuguinos* y *currutacos*, de los *pirracas* y *los paquetes*, y en el período romántico, durante la regencia de la infantil Reina Doña Isabel II.

JUAN COMBA